



Evocación gráfica

Un foto reportaje de Dirce Hernández en Chapultepec.

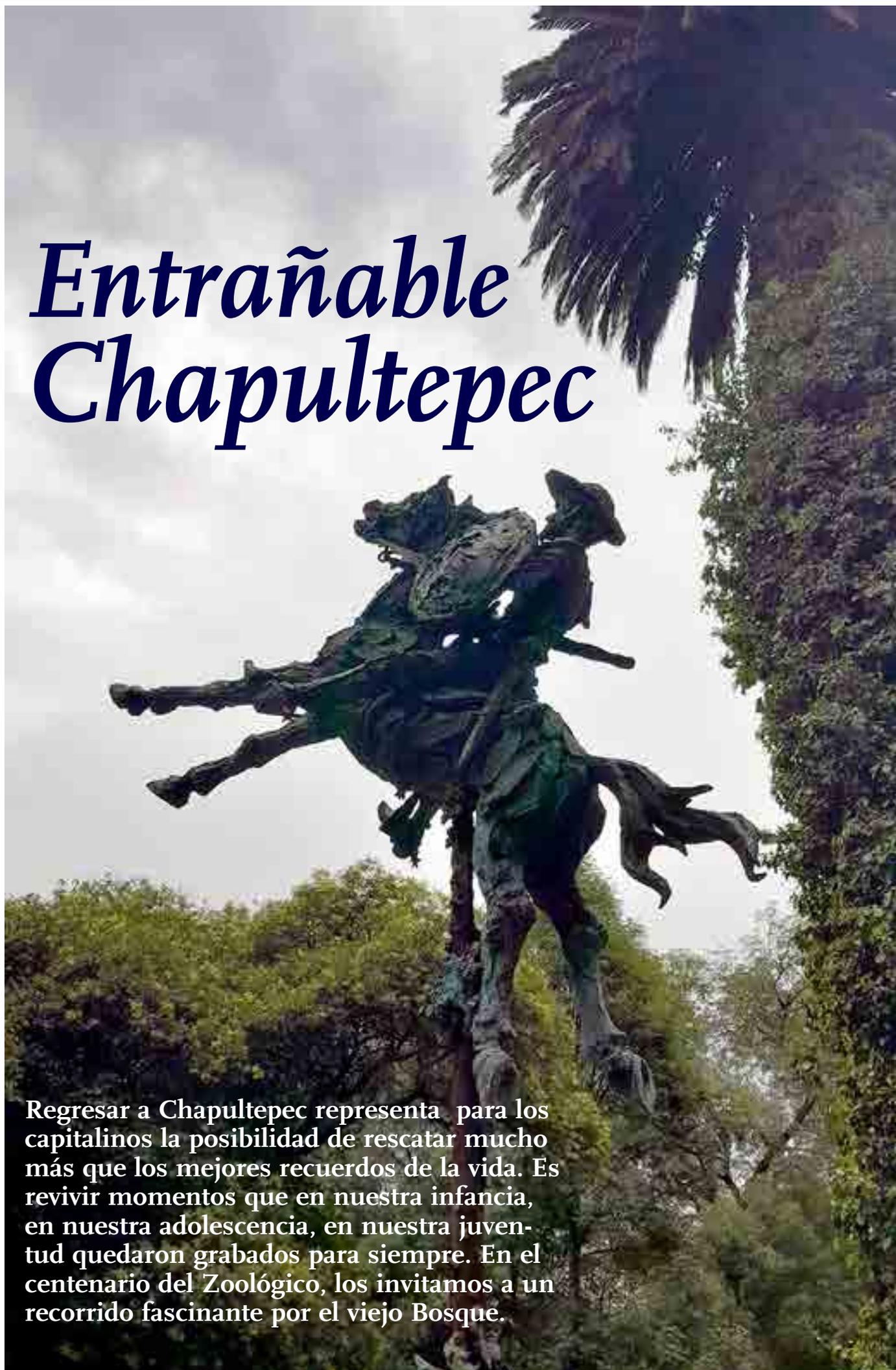
PÁGINA | 14



RELATOS

Carlos Ferreyra
Francisco Ortiz Pardo
Francisco Ortiz Pinchetti
Gerardo Galarza
Ivonne Melgar
Laura Ballesteros Mancilla
Luis Mac Gregor Arroyo
Oswaldo Barrera Franco
Patricia Vega
Rodrigo Vera

PÁGINA | 16-23



Entrañable Chapultepec

Regresar a Chapultepec representa para los capitalinos la posibilidad de rescatar mucho más que los mejores recuerdos de la vida. Es revivir momentos que en nuestra infancia, en nuestra adolescencia, en nuestra juventud quedaron grabados para siempre. En el centenario del Zoológico, los invitamos a un recorrido fascinante por el viejo Bosque.



Ciudad querible

En ocasión del Centenario de nuestro zoológico capitalino (1923-2023), dedicamos esta veraniega edición de *Libre en el Sur* al viejo, entrañable Bosque de Chapultepec en el que se encuentra, para lo cual convidamos a nuestros lectores a un recorrido por sus lugares más emblemáticos, incluidos rincones poco conocidos que se guardan como encantos. Al hacerlo, pensamos que es a la vez una manera de homenajear a la Ciudad de los Palacios, la entrañable capital mexicana de la que en efecto Chapultepec es uno de sus sitios emblemáticos, mágicos, entrañables. Una forma de reconocer su grandeza es precisamente recorriendo sus lugares icónicos y enseñando a nuestros hijos y nietos a valorarlos, disfrutarlos, honrarlos. Hay que mencionar por supuesto y en primer lugar al Centro Histórico, con su riqueza prehispánica y colonial, pero también sitios de gran tradición como la Alameda Central, los viejos barrios de La Merced, Tepito y La Lagunilla, los grandes avenidas como el Paseo de la Reforma, y los que fueran pueblos circundantes del antiguo Lago de México, hoy convertidos en reliquias urbanas de enorme belleza y abolengo: Mixcoac, San ángel, Coyoacán, Xochimilco, Tepeyac... Nuestra Ciudad de México.

» DIRECTORIO

Libre en el Sur
Doscientos treinta y siete
Agosto de 2023

Director
Francisco Ortiz Pinchetti
Subdirector
Francisco Ortiz Pardo
Coeditor gráfico
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
Servicios fotográficos
Agencia Cuartoscuro
Asesores de ventas
Elena Pardo S.
Diseño
Kimera

Oficinas
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreensur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una publicación mensual digital editada por Grupo Libre Comunicación, S.A. de C.V. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Nombre (Indautor) número 050714382500-101 Los editores no son responsables del contenido de la publicidad. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.





“La gente en Benito Juárez, la que vive, la que transita y la que trabaja aquí se siente más segura que en cualquier otro lugar de la ciudad y eso, sin duda, es un buen resultado”

Alcalde Santiago Taboada

Con Blindar, sigue BJ como la alcaldía más segura en CDMX

De acuerdo con los resultados de la última Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU), realizada por el INEGI, la alcaldía Benito Juárez, gobernada por el alcalde Santiago Taboada Cortina, se mantiene nuevamente como la demarcación con la mayor percepción positiva de seguridad de Ciudad de México y como el segundo municipio a nivel nacional, lo que significa que hoy ocho de cada habitantes de la demarcación se sienten seguros.

Con este informe presentado por el INEGI el pasado 19 de julio, correspondiente al segundo trimestre de este año, la Benito Juárez suma 11 mediciones consecutivas, esto es más de dos años y medio, en el primer lugar entre las 16 alcaldías de la CDMX, y por sexta ocasión dentro de los primeros municipios del país más seguros.

“Esto tiene que ver con la confianza de la gente, con algo que es mucho más que una cifra”, destacó el alcalde. “El percibirse seguros donde viven, donde tienen su patrimonio y a su familia”.

En este sentido, Taboada Cortina señaló que la estrategia *Blindar BJ*, puesta en marcha desde su primera administración en 2018, es un referente en materia de seguridad y un ejemplo de política pública que puede extenderse a toda la ciudad para elevar la calidad de vida de los capitalinos.



“La constancia que hemos tenido durante los cinco años en Benito Juárez, porque no recibimos así la alcaldía, ha sido un esfuerzo donde se ha distinguido muchas veces *Blindar BJ*, eso es lo que nos tiene en estos lugares”, subrayó. Además, de acuerdo con datos del INEGI, la demarcación ha aumentado en 33.9 el porcentaje desde la primera encuesta realizada por alcaldías en septiembre de 2019, pasando de 46.3 a 80.2 puntos porcentuales en materia de percepción positiva de seguridad entre los benitojuarenses.

“Nosotros nunca hemos escatimado en ese sentido, nos hemos coordinado, hemos puesto también todo lo que está en nuestras manos porque hemos compartido también información de nuestras cámaras en muchos de los delitos a las corporaciones que nos lo han solicitado porque lo que queremos es que las cosas marchen bien”, sostuvo el alcalde juarense. “Es un tema entre todos, yo podría decir que, como no le toca a las alcaldías, yo me hubiera salido y me verían cinco años nadando de muertito”.

El propio Taboada Cortina ha señalado que luego de los resultados positivos que ha arrojado *Blindar BJ* de manera consecutiva, este modelo de policía civil ha demostrado no sólo que se puede hacer frente a la delincuencia, sino que también ha logrado generar un vínculo de confianza entre los elementos de proximidad y habitantes de la demarcación por lo que continuará invirtiendo y fortaleciendo la estrategia de seguridad en beneficio de las familias.

“Le aposté a meternos al tema”, enfatizó. “La gente en Benito Juárez, la que vive, la que transita y la que trabaja aquí se siente más segura que en cualquier otro lugar de la ciudad y eso, sin duda, es un buen resultado”.



Exterior de tiendas de descuento.

Foto: Especial

El problema está en la marca

Hacen falta en México las “tiendas de descuento”, donde como en Europa se ofrecen productos básicos sin marca, de buena calidad y a bajo precio. Si no lo hace el empresariado nacional, pronto lo hará el capital internacional.

POR ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

La idea de la marca como un identificador de un fabricante y su calidad es uno de los elementos que permite que, en un sistema económico de libre mercado, el usuario selec-

cione el mejor producto para sus necesidades.

En teoría sí. Pero esto solo puede darse si las premisas del mercado son iguales para todos los fabricantes, como tener la misma presencia en el mercado, empaques

similares para todos, referencias de calidad confiables y visibles para cualquier comprador, entre otras cosas. Y los productores lo saben: parte de las estrategias de ventas residen en modificar estos parámetros para que, sin mejorar el producto, se incrementen las ventas.

Y así productos como Coca Cola o Pepsi invierten grandes cantidades de dinero en elementos que no mejoran el producto, sino que simplemente lo hacen más atractivo, como lo son un diseño bonito, en especial del envase, eslóganes (“La chispa de hoy”), productos



Foto: Especial

complementarios (las estampitas de la selección) y anuncios promocionales de influencers (como se les llama ahora). En el caso de la Coca ha participado gente de la talla de Marilyn Monroe, Selena Gómez, Elton John y Madonna. Por supuesto, todos los costos son transferidos al comprador: Aproximadamente un 30% del precio corresponde a la fabricación y distribución. El 70% restante no agrega nada al producto.

Por cierto, la piratería se monta en esta imagen para vender productos copia, sin tener que pagar los costos adicionales que implican (muchas veces en detrimento de la calidad), ofreciendo productos “camaleón” que le permiten al consumidor comprar el sueño de los productos originales, pero mucho más baratos.

Las marcas se han vuelto también un instrumento de estratificación social. Dime qué marca tienes y te diré a qué nivel social perteneces. En muchos casos, la calidad no juega un rol sino el alto precio que limita el consumo solo a un sector social que se puede “dar el lujo” de adquirirlo.

Cuando se trata de productos básicos, la llamada “canasta básica”, esto se vuelve estratégico para que los consumidores puedan adquirirlos con un salario mínimo. Mientras menor sea el porcentaje del salario necesario para cubrirlos, mayor será la capacidad de la población para cubrir otras necesidades y a través del consumo impulsar la economía.

Una estrategia tradicional en Estados Unidos para disminuir los costos de despensa es forzar al comprador a comprar mayor volumen. Ejemplos los vemos en México en las tiendas de mayoreo iniciadas por consorcios americanos como son SAM’s y Price Club. Otra estrategia que se siguió fue la creación de tiendas de descuento, desarrolladas extensamente en el norte de Europa, y actualmente con un gran crecimiento en Europa mediterránea y Sudamérica.

El principio es que las tiendas ofrecen, al menos, el 70% de sus productos sin marcas; es decir, la producción se contrata a un fabricante y no se invierte en ningún costo que agregue valor al producto. No tienen un empaque especial o bonito, ni se anuncian, ni traen algún premio o regalo adicional. Este modelo ha permitido reducir los costos de los productos hasta en un 30%. La base del desarrollo de estas empresas es la confianza y la calidad. Los productos deben de cumplir al menos con las regulaciones gubernamentales, que en el caso de Europa del norte son relativamente estrictas.

En Alemania, el elemento de calidad es tan importante que los supermercados crearon un sistema de control aún más estricto que el del gobierno, conocido como la certificación Global GAP. Sin ella, los productores no pueden vender. La certificación es referente de alta calidad a precios bajos pues solo se paga por el producto. La secretaría del Consumidor Alemán (TüV) presenta continuamente en programas te-



Fuente- Kantar

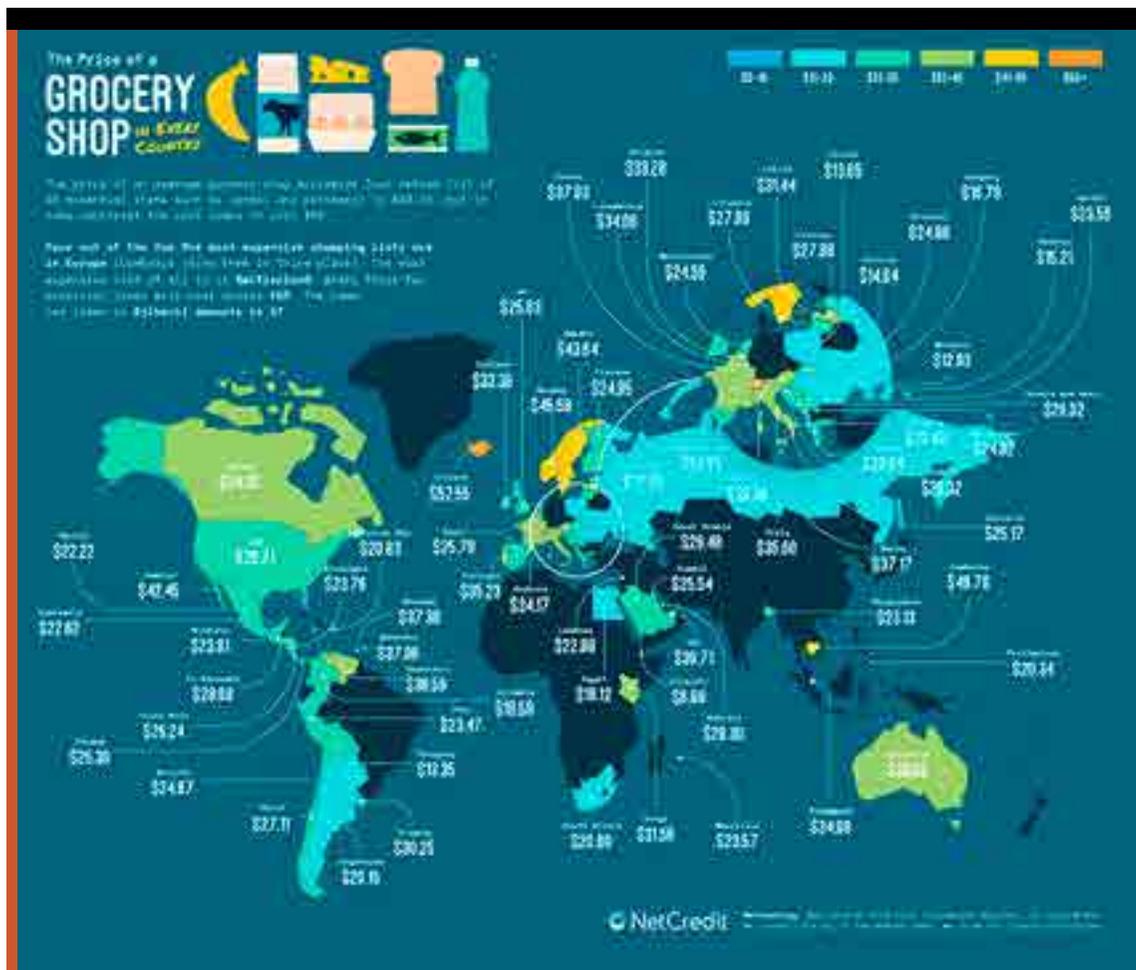
levisivos las pruebas realizadas a productos con marcas y sin ellas; y en la mayor parte de los casos, los productos sin marca no solo son los más baratos sino los de mayor calidad.

Por cierto que las primeras tiendas de descuento se crearon en el país germano en 1957 por iniciativa de Hugo Mann (Wertkauf), Gerhard Ackermans (Allkauf), Erivan Haub (Plus y Terfloth & Snoek), bajo un sistema económico en crecimiento pero restringido. Aparecieron en el epicentro económico de la zona del Ruhr (considerada así por la producción de carbón y acero, el motor inicial para la reconstrucción de Alemania). En poco tiempo el modelo se replicó en la zona y después en toda Europa.

Actualmente las empresas líderes son Aldi (Sur y Norte) y Lidl y tienen presencia en toda Europa, manejando un esquema de tienda mediana, pero con una gran presencia, con un número importante de sucursales en cada ciudad.

Es interesante ver, además, que las tiendas de descuento generaron beneficios complementarios en el mercado general de productos de abarrotes como son:

- 1) La presión en los supermercados convencionales por ofrecer alternativas en precio similares; a partir de los setenta estas tiendas comenzaron a ofrecer "marcas libres" (llamadas también marcas blancas). A México nos llegaron a través de las cadenas norteamericanas (Walmart) y actualmente están presentes en todos los supermercados nacionales.
- 2) Se convirtieron en la competencia más importante a los productos de marca que, para



Distribución de tiendas de descuento por países.

no perder mercado, tuvieron que manejar precios con menores márgenes de ganancia.

En la década de los años sesenta, en México se creó un modelo de subsidios gubernamentales, especialmente con la CONASUPO, paraestatal creada en 1961, inicialmente solo para la venta de leche. Lamentablemente la institución fue una herramienta política que se convirtió en negocio de muchos servidores públicos y sin instrumentos de control de la calidad (que era auspiciada y protegida por el gobierno como juez

y parte), y se volvió foco de gran corrupción que llegó al escándalo. Al punto de, por ejemplo, vender leche radioactiva ¡de Chernóbil!

También en los setenta los supermercados locales (Aurrerá y Gigante) crearon los "Botaderos", donde se ponían principalmente ropa y calzado de marcas nacionales prácticamente desconocidas. El precio era bajo, pero la calidad variaba según el lote.

En la actualidad lo más parecido en México en cuanto a precios a una tienda de descuento europea

son los mercados, que siguen ofreciendo productos sensiblemente más baratos. Fundamentalmente en el área de frutas y verduras (nada que requiera refrigeración) y, por supuesto, la ropa y el calzado.

Pero las tiendas de descuento, que serían una forma de mejorar la calidad de vida de la gente en nuestro país, aún no aparecen. Falta un empresariado nacional con un poco de agudeza en los negocios y que decida iniciar un proyecto así. De no hacerlo, muy poco las empresas internacionales lo harán.



Great value, la marca de Grupo Walmart.

Considerando la historia, para que este tipo de empresas tengan éxito deberán generar certidumbre en el cliente de que el producto no solo es de buen precio, sino también de buena calidad. Si no, terminarán por convertirse en tiendas de baratijas, como las que ya existen en muchos puntos de la ciudad.

De cualquier manera, su aparición mejoraría la calidad de vida de muchos de nuestros conciudadanos, como lo ha demostrado el sector de medicamentos. Con un éxito impresionante se desarrollaron las farmacias de similares o equivalentes. Aunque la imagen de calidad no es muy buena, para muchas familias esta opción ha permitido adquirir medicamentos que de otra manera hubieran estado fuera de su alcance. ■



Una de las tiendas de descuento en Alemania.

¿Cómo surgió la terapia intensiva?

En el siguiente texto se hace una mirada al origen y evolución del espacio crucial para la atención de enfermedades graves en los hospitales de México, país que hoy enfrenta carencias importantes en su sistema de salud pública.



POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

Para Ángeles de la Mora

El área de terapia intensiva es un espacio crucial que se ocupa del cuidado de pacientes críticos y en estado grave. Recordemos que antes de la existencia de la terapia intensiva, los hospitales tenían una capacidad limitada para monitorear de manera continua a los pacientes en estado crítico. La falta de una unidad especializada se evidenciaba en que los pacientes graves a menudo se encontraban en áreas generales, lo que implicaba que no recibieran una dedicación exclusiva. Los hospitales no contaban con el equipo médico necesario lo que aumentaba el riesgo de muerte. Por lo que antes de la aparición de la terapia intensiva, los hospitales y el personal médico se enfrentaron a desafíos significativos.

La terapia intensiva en México tuvo sus primeros avances a mediados del siglo XX, influida por el desarrollo en la medicina y la atención hospitalaria a nivel internacional.

La atención a pacientes críticos comenzó a organizarse en unida-

“
Los hospitales públicos a menudo enfrentan desafíos en términos de capacidad, recursos y falta de personal. La demanda de atención intensiva puede superar la capacidad de las unidades, dadas las limitaciones en el acceso y disponibilidad de camas en momentos críticos

des especializadas dentro de hospitales, buscando ofrecer una atención más concentrada y multidisciplinaria. A finales de la década de los sesentas y principios de la década de los setentas se establecieron las primeras unidades de cuidados intensivos (UCI), con el objetivo de brindar atención espe-

cializada y monitoreo constante a pacientes en estado crítico.

El primer hospital en México que estableció una unidad de terapia intensiva fue el Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias (INER) fundado en la ciudad de México en 1943, el cual se especializó en el tratamiento y en la investigación de enfermedades respiratorias. La UTI del INER fue inaugurada en la década de los sesenta y se convirtió en un referente en la atención de pacientes críticos con enfermedades respiratorias graves, como neumonía e insuficiencia respiratoria aguda principalmente.

Se implementaron políticas y protocolos para mejorar la calidad y la seguridad, así como la capacitación de médicos y personal de enfermería.

La creación de la UTI en el INER marcó un hito en la historia de la medicina en México, ya que su establecimiento sentó las bases para el desarrollo de otras unidades de terapia intensiva en diferentes hospitales de México. Hoy en día la terapia intensiva se ha expandido ampliamente especializándose en terapia intensiva pe-

diátrica, la terapia intensiva cardiovascular y la terapia intensiva neurológica.

Desafortunadamente los altos costos de la terapia intensiva tienen repercusión en la economía de las familias. Las (UTI) requieren de tecnología avanzada y equipo médico especializado, como ventiladores mecánicos, monitores de signos vitales, bombas de infusión y sistemas de soporte vital avanzado. La adquisición y mantenimiento de este equipamiento son costosos, y esto se refleja en los precios de los servicios. A su vez los medicamentos utilizados como los analgésicos, los antimicrobianos y los fármacos son de alto costo al igual que los catéteres, los tubos endotraqueales y las sondas.

Es importante destacar que, en los hospitales públicos, las unidades de terapia intensiva tienen la responsabilidad de brindar atención médica especializada, independientemente de la condición económica del paciente. El sector salud ha establecido que debe garantizar la equidad en la atención médica, sin importar la capacidad de pago de la población. Sin

embargo, los hospitales públicos a menudo enfrentan desafíos en términos de capacidad, recursos y falta de personal.

La demanda de atención intensiva puede superar la capacidad de las unidades, dadas las limitaciones en el acceso y disponibilidad de camas en momentos críticos. Uno de los grandes retos, por ejemplo en hospitales públicos de Ciudad de México, es mejorar la calidad en la atención y contar con más recursos, ya que estas unidades son esenciales y desempeñan un papel medular en garantizar el acceso equitativo en la atención a todos los ciudadanos.

Hay que enfatizar que la terapia intensiva ha desempeñado un papel fundamental en la reducción de la mortalidad en pacientes críticos y en la mejora de resultados clínicos. La terapia intensiva ha experimentado un crecimiento significativo, pasando de ser una disciplina emergente a una especialidad médica fundamental. Su desarrollo y crecimiento continuo son fundamentales para mejorar la calidad de la atención médica en el país. ▣

SÚMATE

POR UNA VIDA LIBRE DE POBREZA



FONDO PARA
La Paz

Cada día miles de personas sufren las consecuencias de vivir en zonas vulnerables en condiciones de pobreza. Fondo para la Paz IAP está trabajando desde 1994 para transformar esta realidad.

Tú puedes hacer la diferencia con una donación desde 300 pesos al mes.

Dona en: fondoparalapaz.org/donar
Teléfono: 55-5570-2791
Whatsapp: 55 3929 9660

Regreso a Chapultepec



Lago Chapultepec

FRANCISCO ORTIZ PINCHETTI

La palabra es: entrañable. Ese término describe como ningún otro lo que es para muchos de nosotros el Bosque de Chapultepec,

Regresar a Chapultepec –concretamente a su primera sección– representa para los capitalinos la posibilidad de rescatar mucho más que los mejores recuerdos de la vida. Es revivir momentos que en nuestra infancia, en nuestra adolescencia, en nuestra juventud quedaron grabados para siempre.

Todos, en algún momento de nuestra existencia, tuvimos contacto con el singular bosque urbano, uno de los más grandes del mundo, que guarda en sus entrañas un sinfín de atractivos... y remembranzas.

En ocasión de la celebración del primer centenario del zoológico, fundado en 1923 por el biólogo mexicano Alfonso L. Herrera, *Libre en el Sur* realizó un amplio, intenso y sorprendente recorrido de 6.4 kilómetros en torno al Cerro del Chapulín, con casi cinco horas de duración. Y resultó inolvidable.

A partir de la llamada Entrada de las Flores, donde se encuentra el mercado “Cambio de Dolores” llamado así en recuerdo del pun-

En un recorrido fascinante con motivo del centenario de nuestro zoológico, *Libre en el Sur* rescata los sitios más emblemáticos del viejo bosque, uno de los parques urbanos más grandes y hermosos del mundo, que cada año es visitado por más de 10 millones de paseantes, tanto nacionales como extranjeros. (Con fotografías de Francisco Ortiz Pardo.)



El gentío entre ambulantes



Con 'changuitos' en sus cabezas.

to en el que se bifurcaban las vías del tranvía que conducían a San Ángel una, (que pasaba por Tacubaya, San Pedro de los Pinos y Mixcoac), y al panteón de Dolores otra, lo que implicaba materialmente trepar por la hoy avenida de los Constituyentes antes Madereros-- hasta el insigne camposanto capitalino, el recorrido incluyó varias de las más significativos lugares de ese paseo ancestral.

Para tener una visión general e inicial del parque, que por cierto se encuentra limpio y muy cuidado, una buena idea es hacer un primer recorrido a bordo del trenecito, un convoy de cinco vagones fabricado en Italia que

reproduce los ruidos característicos de un ferrocarril y que visita los lugares más tradicionales de la Primera Sección. Su estación de partida se encuentra a un lado del Altar de la Patria, conocido también como Monumento a los Niños Héroe, otro punto que hay que visitar.

A pie, nuestro punto inicial, con orígenes prehispánicos por cierto, son los Baños de Moctezuma, que era hasta antes de la Colonia un estanque donde se almacenaba el agua proveniente de los manantiales para alimentar a la Gran Tenochtitlan. Según algunas tradiciones, el emperador acudía a ese sitio rodeado de centenarios ahuehuetes a disfrutar

del solaz y la meditación.

Enseguida encontramos la llamada Casa Colorada, donde actualmente se imparten talleres de artes plásticas gratuitos y la Fuente de la Templanza, que conserva todavía su grandeza de antaño.

Cerca de ahí está el castillito que fue la comandancia de los guardabosques y que hoy está convertido en un museo de sitio en el que se exhiben fotos, planos y otros elementos que dan al visitante una idea sucinta de la historia, las dimensiones y los lugares emblemáticos el viejo Bosque. Fuera de ese recinto se exhibe una de las góndolas que en los años 70 del siglo pasado eran



Ahuehuate El Sargento. Data de hace 500 años



El castillo y el recinto de los guardias, que fue la Casa de los Espejos.

usadas para pasear a los turistas, aunque torpe e inexplicablemente expuesta a la intemperie se encuentra lastimosamente deteriorada.

Justo detrás, está el edificio administrativo que alberga a la dirección general del Bosque de Chapultepec, del que mana otra fuente. Lo recomendable es a partir de este punto encaminarse hacia el acceso por una rampa que circunda el cerro al Castillo de Chapultepec, sede del Museo Nacional de Historia. Al inicio del ascenso se encuentra otra construcción histórica que fue el recinto de los guardias del Castillo y en el que durante tres décadas se convirtió en la Casa de los Espejos, un divertimento singular para los paseantes.

Aunque ya no funciona el elevador que permitía un acceso rápido y directo al Castillo, ascender a pie por la rampa no implica un esfuerzo mayor y se puede hacer de unos 15 minutos. Faltan sin embargo facilidades para personas mayores y discapacitadas.

Antes de llegar a la cima, a mano derecha, se encuentra el llamado Museo del Caracol, en realidad una galería histórica de historia conformada por dioramas y maquetas que repasan desde la Independencia hasta la Revolución. El sitio, a cargo del



El Trenecito, de manufactura italiana, a su paso por el Monumento al Escuadrón 201.



Mono araña en el Zoológico.

INAH, está admirablemente bien conservado.

El Castillo, por su parte, alberga uno de los más importantes museos de historia de la ciudad y del país. El recinto fue terminado de construir en 1788, en pleno Virreinato. Abarca desde la Conquista y formación de la Nueva España hasta los albores del siglo XX. Asimismo, el museo hace énfasis en la historia propia del Castillo de Chapultepec, en especial en aquellos episodios en los que fue un importante escenario como la Intervención estadounidense y el Segundo Imperio. Especialmente interesantes son las salas que recrean la vida cotidiana durante, cuando el edificio fue ocupado por el emperador Maximiliano de Habsburgo y la emperatriz Carlota (1864-1867). En la parte central del recinto, a la mitad de una terraza abierta, se encuentra el Alcázar del Castillo, que también puede ser visitado.

Al descender del cerro convie-



Área para Picnic.

ne encaminarse a otro lugar entrañable: el antiguo lago de Chapultepec. O los lagos, que son dos: el menor y el mayor, éste último acondicionado para la circulación de lanchas de remo y embarcaciones impulsadas por pedales, que permiten disfrutar de una de las diversiones tradicionales del

lugar. Visita obligada es la Casa del Lago, actualmente encomendada a la UNAM. Además de la belleza propia de la construcción, a la vera del lago, regularmente se realizan en ella diversas actividades culturales, como conciertos, exposiciones y conferencias.

Hay una zona de fondas donde



El Carrusel.



Entrada al Zoológico.

se puede hacer un alto para disfrutar un refrigerio, que puede ser algún antojito típico como las enchiladas, los pambazos o los tlacoyos, además de aguas frescas y algunas golosinas. En este tema podrían hacerse mejoras, para dignificar su aspecto físico y cuidar mejor su higiene, así como una debida protección ante las inclemencias del tiempo.

No es grato tampoco el aspecto que ofrecen a lo largo de la calzada principal, conocida como La Milla, decenas de puestos de vendedores informales que venden fritangas, refrescos y golosinas y que igualmente pudieran ser objeto de un ordenamiento mejor.

El gran atractivo sigue siendo el centenario zoológico, en el que se exhiben –ahora en modernas instalaciones, más de dos mil 200 animales de 235 especies distintas, en escenarios que respetan relativamente el habitan natural de esas criaturas.

Así podemos observar diferentes especies de monos (mono araña, orangután, chimpancé, mandril, macaco), fieras como tigres, leones, pumas y jaguares, animales mayores como jirafas, elefantes, rinocerontes, cebras, canguros, así como una extensa variedad de aves contenidas en un aviario, además del mariposario, el serpentario y el nuevo museo del ajolote. El gran atractivo es Xin Xin, el único ejemplar de panda gigante, ahí reproducido, que aun sobrevive.

Para nuestra sorpresa, y alegría de chicos y grandes, encontramos un hermoso carrusel profusamente iluminado, junto al cual está la nueva Casa de los Espejos, en remolque móvil. Cerca de ahí hay un área de juegos recreativos, que incluyen puentes colgantes de dos niveles y sendas tirolesas.

El postre del paseo, y vaya que lo es, se encuentra en la zona más boscosa del parque: el Paseo de los Poetas, donde hay bustos de afamados escritores mexicanos y donde se ubica la escultura



Un emblemático carrito eléctrico usado en los setenta se deteriora a la intemperie.

que ilustra nuestra portada, y la joya de la corona: la histórica Fuente del Quijote, cuya historia, importancia y belleza merecen ser descritos en otro texto, en esta

misma edición.

Nuestro Bosque de Chapultepec es visitado cada año por más de diez millones de paseantes, tanto nacionales como extranjeros. Es



La antigua comandancia del Bosque.

uno de los grandes atractivos de la capital, que compite por sus dimensiones, su historia y su belleza con los parques urbanos más afamados del mundo. Pasada

la contingencia por la pandemia, es momento idóneo para visitarlo y disfrutarlo. Esperamos que el presente texto sea una buena guía para su recorrido. Suerte. ☑



Fuente del Quijote, la reliquia del bosque

Construida en 1921, es una réplica de la Glorieta de Cervantes del Parque María Luisa de Sevilla y es considerada uno de los secretos del Bosque del viejo Chapultepec que es imprescindible conocer.



Fotos: Francisco Ortiz Pardo

Dalí como El Quijote.

STAFF/LIBRE EN EL SUR

Guardada como tesoro en la parte más boscosa, bella del viejo Bosque de Chapultepec se encuentra una reliquia histórica y arquitectónica que pocos conocen, a pesar de que cada año el emblemático parque recibe a más de 10 millones de habitantes. Y es que ocurre que se encuentra fuera del circuito principal de atractivos, como son el centenario zoológico el Castillo, los lagos mayor y menor, la Casa Colorada, el Altar a la Patria y otros sitios tradicionales.

Se trata de la llamada Fuente del Quijote, un conjunto octagonal de bancas en torno a un venero de agua cristalina, todo ello cubierto de azulejos de talavera que reproducen pasajes del célebre Caballero de la Mancha contenidos en el libro de Miguel de Cervantes Saavedra (1588-1616), la obra mayor sin duda de la Lengua Española toda.

La fuente, rodeada hasta la fecha por centenarios ahuhuetes, fue construida en 1921 sobre una plataforma octogonal, que en sus entrañas estuvo protegida por una reja. Es una réplica de la que está situada en el parque de María Luisa en Sevilla. Su instalación fue impulsada por el entonces embajador de México en España Miguel Alessio Robles.

El parque de María Luisa es el primer parque urbano de Sevilla (An-

dalucía, España) y uno de sus pulmones verdes. Fue inaugurado el 18 de abril de 1914 como parque urbano "Infanta María Luisa Fernanda". En 1983 fue declarado Bien de Interés Cultural en la categoría de Jardín Histórico. Contiene una serie de plazas, glorietas y fuentes con diversos temas y motivos. La dedicada al célebre Manco de Lepanto, que fue la que sirvió de inspiración para nuestra Fuente del Quijote, es en realidad una de sus glorietas, la Glorieta de Cervantes.

La Fuente del Quijote de Chapultepec ha sido restaurada varias veces, la última a de ellas muy recientemente, con importante apoyo económico de la comunidad privada a través de Pro Bosque. Eso explica su sorprendente, magnífico estado actual, ya que se le hicieron mejoras como la restau-

ración de azulejos, mosaicos y cenefa de talavera, reposición de piezas faltantes, sustitución de losetas de barro, nivelación y restauración de bancas y libreros, nuevo muro baca perimetral, planificación de jardinería ornamental.

También se llevó a cabo rehabilitación del andador que conecta el Quijote en las Nubes con la fuente, nueva iluminación peatonal sobre la calzada de los Filósofos y Paseo del Quijote, instalación de sistema de seguridad, a través de cámaras de video asociadas con el Sistema C5 y botones de auxilio, nuevo mobiliario urbano y señalización.

Dentro del conjunto de la fuente se ubican cuatro bancas de concreto recubiertas por azulejos de talavera pintados a mano, que narran escenas del Quijote de la Mancha, lo que permite una for-

ma diferente de conocer las aventuras del Hidalgo. En los laterales hay dos libreros de mampostería decorados también con baldosas de talavera y coronados por esculturas de bronce, las que por cierto han sido víctimas del pillaje y han tenido que ser repuestas un par de veces. Ambas fueron robadas, primero en 1974 y luego en 2014.

Las actuales figuras, insólitas por cierto, son obra del escultor duranguense José María Fernández Urbina. Mirando al norte, a la izquierda se encuentra la figura de Don Quijote, con la cara de Salvador Dalí, y a la derecha la de Sancho Panza, con la cara de Diego Rivera...

Fernández Urbina, con su equipo, fue el autor de la restitución del Ángel de la Independencia, lue-

go que la figura cayó de su alto pedestal a consecuencia del sismo de 7.7 grados Richter que sacudió la Ciudad de México en 1957. También es el autor de la Fuente de los Cántaros que se ubica en el Parque México de la colonia Condesa. Y quien realizó la mascarilla mortuoria del general Álvaro Obregón, tras ser asesinado a balazos por José de León Toral en el restaurante La Bombilla, de San Ángel, el 17 de julio de 1928.

El acceso a la zona donde se encuentra la Fuente del Quijote, considerada uno de los secretos del Bosque de Chapultepec, es más adecuado a través de las entradas "Acuario", "Lasflores" o "Chivatito", en la parte suroeste de la Primera Sección del emblemático parque. ■



Los mosaicos.



La fuente.



Cinvestav

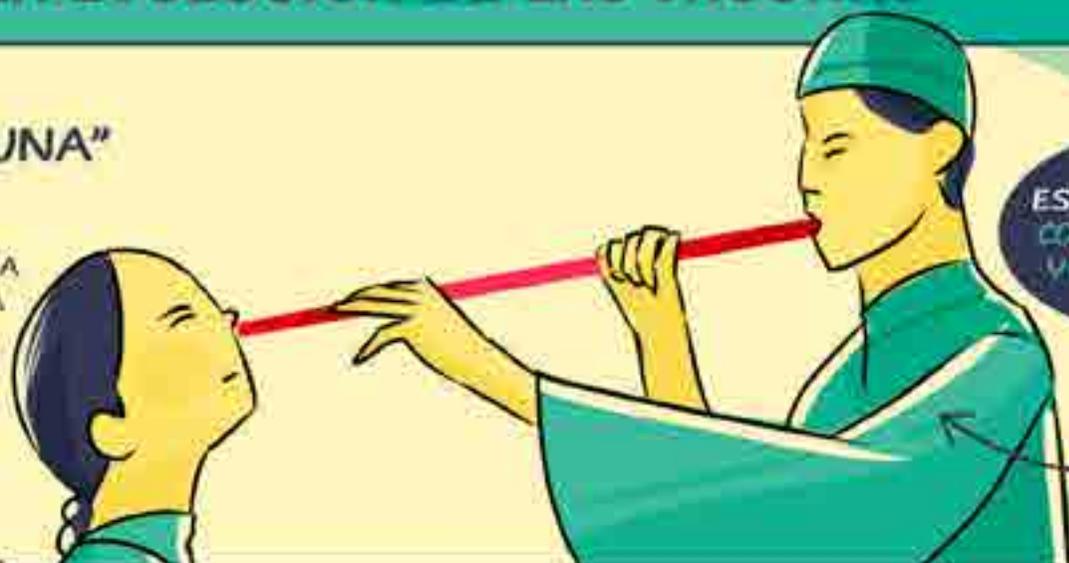
EXCELENCIA EN INVESTIGACIÓN Y POSGRADO*

LA EVOLUCIÓN DE LAS VACUNAS

"PRIMERA VACUNA"

HACE 4 MIL AÑOS EN CHINA

A LOS NIÑOS SE LES INTRODUCÍA EN LA NARIZ, O SE LES FROTABA EN UNA HERIDA, **COSTRAS SECAS O PUS DE ENFERMOS LEVES DE VIRUELA.**



ESTE MÉTODO ES CONOCIDO COMO VIRULIZACIÓN.

EL NOMBRE

1796 - EDWARD JENNER

EXTRAJO LÍQUIDO DE PÚSTULAS DE PERSONAS INFECTADAS CON UNA VIRUELA BENIGNA CONTRAIDA POR **ORDEÑAR VACAS** Y LO APLICÓ COMO TRATAMIENTO.

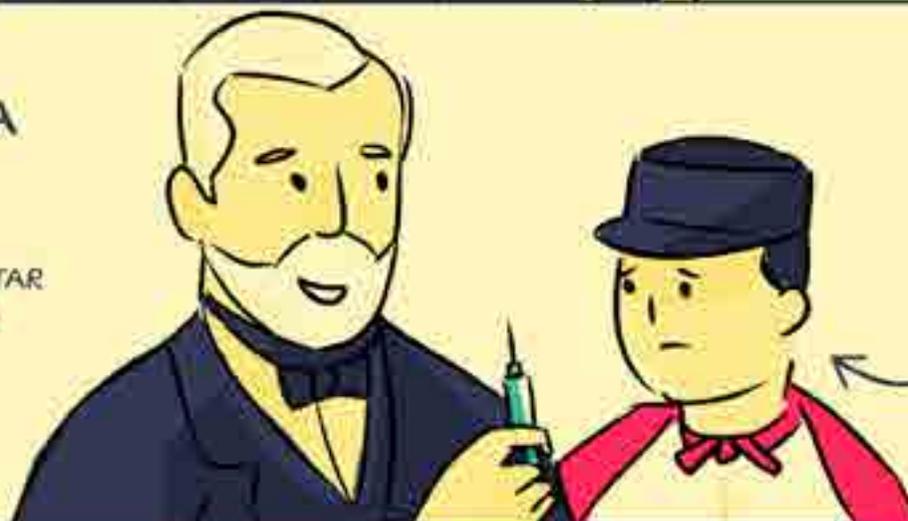


DADO QUE EL LÍQUIDO QUE PROTEGÍA DEL VIRUS SE ORIGINABA DEL CONTACTO CON LAS VACAS SE LE LLAMÓ "VACUNA".

MAYOR CONFIANZA

1885 - LOUIS PASTEUR

DEMOSTRÓ QUE ALGUNAS ENFERMEDADES SE PODÍAN EVITAR **INFECTANDO A LAS PERSONAS CON AGENTES INFECCIOSOS DEBILITADOS O ATENUADOS.**



CON ESTE PRINCIPIO UTILIZÓ UNA VACUNA PARA **PREVENIR CON ÉXITO LA PROGRESIÓN DE LA RABIA EN UN NIÑO.**

ACTUALMENTE

HAY DOS TIPOS DE VACUNAS

PROFILÁCTICAS:

PREVIENEN UNA ENFERMEDAD

TERAPÉUTICAS:

COMO TRATAMIENTO

LAS MOLÉCULAS QUE ESTIMULAN LA INMUNIDAD (ANTÍGENOS), SON UNA **SUSPENSIÓN DE MICROORGANISMOS MUERTOS O ATENUADOS,** APLICADOS MEDIANTE INYECCIÓN O FORMULACIONES ORALES.

LAS TÉCNICAS MÁS MODERNAS USAN **SECUENCIAS DE GENOMAS** DE AGENTES INFECCIOSOS.

CONTANDO CON HERRAMIENTAS **BIOINFORMÁTICAS** PARA HACERLAS MÁS SEGURAS.

Entérate de lo más novedoso de la ciencia en México, **siguéndonos en Conexión Cinvestav.**



@ConexionCinvestav
conexioncinvestav
Conexion Cinvestav



www.cinvestav.mx



Chapultepec melancólico



FOTOGRAFÍAS DE DIRCE HERNÁNDEZ

U nas esculturas, un túnel de árboles, el día de campo, la lanchita en el lago. Las ramas como dedos multiplicados, con sus uñas, avejentados. La foto artista convierte la realidad cotidiana en una evocación de Chapultepec que combina los estados para producir una melancolía en estos días lluviosos, aunque los sueños trasciendan los veranos. El tronco cobra otra textura y las ondas del agua también. Es algo que existe efímeramente cada vez que se mira, sin el bullicio: la congestión de la emoción en el lugar de los pasos. Cada quién le pone su música. Es historia, es ciudad, es naturaleza. Es pulmón y por eso es vida. Por eso aunque es melancolía no es tristeza. Es lo que nos pertenece, sin propiedad; y por pertenecernos tenemos la obligación de cuidarlo. Aunque nunca entendamos que somos parte de ello. ▣



Presentación Editorial

MIS MUÑECOS

y otros textos entrañables

Libro de la periodista
**REBECA CASTRO
VILLALOBOS**
(1961-2022)

Editado en su memoria de
manera independiente

Presentarán el libro la
periodista **Verónica Espinosa**,
el reportero **Salvador
Contreras** y el universitario
Carlos Ulises Mata.



Fungirá como moderador el periodista
Francisco Ortiz Pinchetti.
Lugar: **Patio central del Palacio de los Poderes,
Plaza de la Paz**. Guanajuato, Gto.

**Viernes 8 de septiembre de 2023,
18 horas.**
Acceso libre



20 ANIVERSARIO

20 años de ser el medio de tu comunidad

#sieslomismolibre



Teléfono: **55-5488-4131**
Correo electrónico: **libreenelur@gmail.com**
Twitter: **@Libreenelur**
Youtube: **libre en el Sur Televisión**
TikTok: **@libreenelur.official**
Instagram: **libreenelur_oficial**
Facebook: **Periódico Libre en el Sur**

**OFERTA \$150
POR DIAGNÓSTICO**

¿Sabías que? puedes conocer:

**IDENTIDAD • CARÁCTER
• TEMPERAMENTO
MODO DE SER DE UNA PERSONA
POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA**

¡DESCÚBRELO!



Alberto Benítez Castelán,
perito en Grafología  **5536 46 56 56**

In·situ
Calidad y Creatividad

Servicios especializados
Diseño Gráfico
para ciencia y tecnología

Con más de 20 años en la industria editorial
y trabajando para instituciones públicas y
privadas relacionadas con la ciencia y la
tecnología, ponemos a su disposición un
equipo de diseñadores multimedia, así como
redactores especializados en esta área.

- Revista Científica
- Infografías
- Multimedia para redes sociales
- Diseño de gacetas
- Banners y flyers

www.insitugraphics.com

 **553435-2193**



Foto: Francisco Ortiz Pardo

Algodones y palomitas, toda una tradición.

En cerros de chapulines

Por **Oswaldo Barrera Franco**

El verano era sinónimo de vacaciones, de al menos dos largos pero al mismo tiempo breves meses para olvidarse de tareas y exámenes, de levantarse temprano para llegar somnolientos a la primera clase de cada día y de los efímeros recreos en los que apenas daba tiempo de comerse un sándwich y jugar tochito. Esa esta-

ción traía consigo, además de lluvias y bochornos, una sensación de desahogo y ganas de explorar que ahora apenas identifico con un fin de semana libre de pendientes laborales.

Pero estoy hablando de veranos que se dieron a la fuga hace mucho, en los que el tiempo nunca era suficiente para ir descubriendo cada vez más rincones ciudadanos que invitaban a transigir

“Hay muchas evocaciones que nos provoca Chapultepec. Es el pasado y presente de tantas generaciones que han dejado sus recuerdos en él y se han llevado algo a cambio: un primer beso, un momento de paz o las risas de los hijos y nietos”.

los límites que imponía guardar una prudente distancia, administrada por los padres, y conocer los recovecos de esta urbe. La ciudad crecía al igual que nosotros cuando estábamos en la adolescencia y se volvía un reto mayor recorrerla, ya fuera a pie, en pesero o el Metro. En esos años recuerdo haber comprado un plano de la ciudad, de aquellos plegables que editaba Guía Roji, el cual pegué en una pared de mi cuarto. Me entusiasmaba la idea de tener sólo para mí, aunque fuera en un pliego de papel, la metrópoli donde vivía.

Si algo sobresalía en ese plano, entre aquella maraña abstracta de calles, era la mancha casi uniforme del mayor parque urbano de México en aquel entonces. Al poniente, a la altura del centro de la ciudad, se extendía una enorme superficie casi por completo libre de calles y donde, gracias a los viajes escolares que hice en primaria y secundaria, sabía que se encontraba una feria, un gran museo arqueológico, dos más de arte contemporáneo, varios lagos y, sacado de la sangrienta historia del país, un baluarte desde el que se ofreció la última resistencia ante el invasor estadounidense a mediados del siglo XIX, el famoso castillo de Chapultepec. Hasta ahí llegaban mis escasas referencias de ese lugar, el cual redescubriría con cada uno de mis subsecuentes paseos por aquel epítome de los espacios verdes urbanos que, en medio del caos citadino, entre torres, casas de estilo californiano y paseos decimonónicos, es el bosque de Chapultepec y sus casi setecientos años de historia.

Por lo anterior, se siente una atmósfera mística cuando hablamos de Chapultepec, aunque no me refiero a la irónica ausencia de chapulines hoy día. Es un lugar que, al igual que el Zócalo, sirve como referente para los habitantes de Ciudad de México. Todos lo conocemos, hemos caminado por sus senderos, nos hemos sentado a contemplar sus lagos o hemos comido ahí chicharrones preparados o hot dogs de carrito. Hemos hecho pícnic en sus prados, donde quedamos a merced de atrevidas ardillas y hormigas, visitado asombrados su zoológico, recorrido con vehemencia las salas de sus museos o nos hemos remojado en sus fuentes, por accidente o a propósito, para intentar apaciguar el calor veraniego.

Se trata de uno de los espacios más queridos y por el cual nos sentimos muy afortunados los capitalinos. Cada quien tiene una historia que contar y que pasó bajo la sombra de sus árboles, algunos de ellos centenarios, como El Sargento, que pude conocer gracias a una novia que me llevó hasta él en uno de nuestros primeros paseos juntos, desde la Puerta de las Flores, pasando por los baños de Moctezuma, hasta los pies de este señorial ahuehuate.

También en ese lugar admiré una recién inaugurada obra maestra de la arquitectura mexicana, una de las que más me han impresionado, el Museo Tamayo Arte Contemporáneo, de Teodoro González de León y Abraham Zabludovsky. Fue tal vez uno de los espacios que sembró en mí cierto gusto por el manejo de los espacios artificiales insertos en un contexto natural, aun entre los límites de una megalópolis. Con el tiempo, Chapultepec se ha convertido en un muestrario de grandes obras arquitectónicas y cada vez se suman más a su repertorio.

Hay muchas evocaciones que nos provoca Chapultepec. No es sólo el lugar sagrado del cual se abastecieron de agua fresca los habitantes de Tenochtitlan o donde se peleó con brío, según la historia que nos han contado, contra un invasor superior en fuerza y codicia. Es mucho más que la morada imperial de Maximiliano de Habsburgo o la residencia presidencial que mandó construir Lázaro Cárdenas en los terrenos del rancho La Hormiga. Es el pasado y presente de tantas generaciones que han dejado sus recuerdos en él y se han llevado algo a cambio: un primer beso, un momento de paz o las risas de los hijos y nietos.

Tal vez ya no encontremos tantos chapulines en él y nos cuestionemos el porqué de su apelativo. Quizá ya no nos acompañen las mismas personas con las que hicimos nuestra propia historia al recorrerlo. Lo que sí podemos dar por seguro, a pesar de todos los cambios cosméticos que se le han hecho, es que el bosque de Chapultepec, con sus carritos y puestos de comida, con sus lanchas y trenes en desuso, con sus museos y restaurantes de prestigio, con un simple algodón de azúcar y las ganas imperecederas de caminar por él, siempre será el parque favorito de los capitalinos.

Crece con Chapultepec al lado

“La casa familiar sigue en la colonia con calles que llevan el nombre de ríos y que permanece salpicada de casas estilo colonial californiano tan de moda en esa época. Así que vivir en las inmediaciones del prodigioso lugar que es Chapultepec me ha permitido visitarlo miles de veces por diversas razones”.

Por Patricia Vega

*Las rejas de Chapultepec
Las rejas de Chapultepec
Son buenas, son buenas,
¡Nomás para usted...!*

¿Quiénes de los mexicanos nacidos en la CDMX no recuerdan el estribillo de la canción del compositor Tío Herminio (Herminio Álvarez) popularizada a través del cine nacional por el dueto cómico-musical integrado por Viruta y Capulina? En esa brevísima canción se condensa toda una época de la historia cultural de México.

El hermoso bosque de Chapultepec, dividido en las tres secciones que rodean al cerro del mismo nombre es uno de los lugares más emblemáticos no solo de la hoy CDMX sino del mundo. No lo digo yo: en 2019 Chapultepec fue reconocido como el Mejor Parque Urbano del Mundo por la World Urban Parks Association.

La historia conocida de este emblemático sitio de la memoria —que lo mismo ha atraído a poetas, cronistas, artistas, historiadores, amantes de la naturaleza, políticos y todo tipo de visitantes— se remonta a los tiempos prehispánicos cuando el emperador Moctezuma II lo convirtió en un sitio ceremonial y en su lugar de descanso favorito. Además de su rica vegetación y fauna, sus manantiales formaban parte de un complejo hidráulico que al tiempo que alimentaba a una alberca en ese bosque dotaba de agua a la gran Tenochtitlan, la antigua capital del imperio azteca. Así

quedó registrado en los códigos de la época.

Sin embargo, es la historia más reciente —verdad de Perogrullo— la que me ha permitido establecer un vínculo afectivo con este pulmón de 678 hectáreas que nutre a la ciudad de México de diversas maneras. Además de la riqueza de sus ecosistemas, el bosque de Chapultepec también alberga distintas instalaciones arquitectónicas, artísticas y culturales, entre las que destacan un castillo que hoy es el Museo Nacional de Historia, un parque zoológico, lagos artificiales, museos, teatros, restaurantes, un conjunto de teatros y el centro de espec-

táculos Auditorio Nacional, entre otras magníficas opciones que literalmente lo convierten en un paraíso aquí en la Tierra.

Apenas el pasado 6 de julio, conmemoramos el centenario de la apertura del Parque Zoológico de Chapultepec, aniversario que da lugar a una gran cantidad de recuerdos imborrables. Aunque nací en la ciudad de Tijuana, en 1964 llegué a vivir de manera más permanente en la capital del país. La casa familiar sigue en la colonia con calles que llevan el nombre de ríos y que permanece salpicada de casas estilo colonial californiano tan de moda en esa época. Así que vivir gran parte de los 66 años que acabo de cumplir en las inmediaciones del prodigioso lugar que es Chapultepec, me ha permitido visitarlo miles de veces por diversas razones. Mis recuerdos más tempranos se ubican en los paseos en carretas jaladas por chivos, sobre los lomos de caballos ponis o en un trenecito de manufactura italiana. Todavía no me recupero del asombro que me provocaron las jirafas al visitar el parque zoológico. Si en sus inicios el zoológico estuvo dedicado únicamente al esparcimiento —eco de las costumbres colonialistas— su funcionamiento ha evolucionado reflejando algunos logros civilizatorios: de un simple lugar de exhibición de flora y fauna de diversas partes del mundo se ha convertido en un importante reservorio para la conservación de especies animales y vegetales. De sus siete áreas con condiciones climáticas especiales provienen mis primeros contactos con el gran reino animal que dieron cuerpo a mis primeros viajes imaginarios y pronto me condujeron a las nociones de que me liberaron de ese antropocentrismo tan perjudicial para el planeta. El zoológico no nada más me divirtió sino

que se convirtió en una fuente de educación y conocimiento permanentes.

Y qué decir de los museos y otras instalaciones culturales que se asientan en el Bosque de Chapultepec. Por razones cercanas a mi corazón me detengo en el Museo Nacional de Historia, ubicado en el antiguo castillo que corona la cima del Cerro del Chapulín. En abril de 1984 debuté públicamente como poeta, a los 27 años, en el ciclo de lecturas “Mujeres de palabra” que se efectuaron en el Alcázar del Castillo de Chapultepec. Compartí la mesa con las escritoras Elena Poniatowska y María Luisa Puga (qepd) quienes me recibieron en el mundo de las letras de una manera solidaria y afectuosa. Muchos años después, el 17 de junio de 2022, con motivo de un homenaje al general revolucionario Francisco Villa —en la antesala el centenario de su asesinato que se cumple este año— mi madre, María Teresa Salcedo, a sus 88 años tuvo la oportunidad de participar en una exposición colectiva, que también tuvo lugar en el Castillo de Chapultepec, con un óleo en gran formato que pintó en homenaje al Centauro del Norte. No tengo palabras para describir lo que esta misteriosa y grata coincidencia significan.

Cierro estas remembranzas con un hecho imborrable para mí y muchos otros jóvenes de aquel entonces: después de muchos años de vivir la prohibición de los conciertos masivos de rock en la ciudad de México —secuela del Festival de Avándaro en 1969— fui afortunada al asistir al primer concierto que la banda Chicago dio en la CMX.

Corría el año de 1975 y tuvo lugar en el Auditorio Nacional, ubicado en el Bosque de Chapultepec...



Paty Vega de niña en Chapultepec.

SALDOS Y NOVEDADES

En tren al Zoológico de Chapultepec



Foto: Luiz Woellner - Pexels2x

Por Gerardo Galarza

Para Carlos Ferreyra,
con el más grande de mis abrazos.

Tal vez Chapultepec sea el primer y más lejano lugar que el escritor conoció en su vida. No tiene un recuerdo anterior.

Debió ser 1962 o 1963, cuando sus abuelos paternos cumplieron 50 años de casados.

El viaje de celebración de ese aniversario fue -como debía ser- en tren, desde la estación de Apaseo el Grande, Guanajuato, a la inimaginable Ciudad de México, entonces Distrito Federal.

Ocho o más horas para llegar a la estación de Buenavista y de ahí, bueno es un decir, a la estación del trenecito del Zoológico de Chapultepec, que era lo que le importaba al escritor en ese momento: ir al zoológico.

En realidad, a sus abuelos, a sus padres, a sus tíos, lo importante -como debía y

debe ser- era ir a dar gracias a la Virgen de Guadalupe a su santuario de entonces.

Imagine usted, Lennon mediante, lo que eso podría significar para un futuro escritor que en esos tiempos contaba cuando más con siete años.

Subirse a un tren real, no de hojalata, de muchos vagones, de carga y de pasajeros; sólo uno de primera clase (Pullman, le llamaban) y dos o tres de segunda para los mortales comunes y corrientes como el escritor y su familia, y los demás de carga.

Ocho o más horas felices de tracatrac (que poco parecía a aquella ronda fonética de la R que terminaba con "...rápido corren las ruedas del ferrocarril"), que prometían un mundo desconocido, de paradas en muchas estaciones y los vendedores de comida, frente y bajo las ventanillas de los vagones.

Sentado frente a la ventanilla, con el vidrio a medio bajar, vio al imágenes como fotografías lejanas que poco a poco se iban acercando y creciendo y luego desaparecían al ritmo de la ve-

"Para mi generación, la nacida en los años cincuenta del siglo pasado, el bosque de Chapultepec, con su zoológico y su trenecito, su lago, su castillo y su museo, fue una experiencia vital".

locidad, sin poderlas capturar. ¿Cómo ver al futuro? O fijar la vista en el punto de frente y ver desfilar árboles, postes, pueblos, estaciones, con riesgo de marearse, vomitar y conseguir un regaño maternal. No obtuvo permiso para bajar del vagón en alguna parada como lo hacían algunos adultos, "para estirar las piernas".

Por supuesto que el escritor no recuerda cómo llegó a un hotel cercano a la Basílica de Guadalupe, vamos ni siquiera recuerda su visita al sagrado recinto.

Sí tiene fotografías de afuera de ese hotel, tesoro preciado hoy porque son las únicas de sus abuelos paternos: don Salvador Galarza y doña Isabel Arellano y también, por supuesto, de él, su hermano Flavio Ernesto y su primo Eugenio a un lado de la basílica, subidos a uno de aquellos caballitos de madera, portado sombreros charros o su imitación con un fondo *ad hoc* de Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe y su templo.

Tampoco recuerda la entrada y estancia al templo construido bajo el mandato al indio (el escritor confiesa que no sabe si escribir indígena o miembro de los pueblos originarios, ahora que se discuten esos conceptos como parte de las campañas políticas o vaya usted a saber si entre sus ancestros había quienes no eran aztecas, sino miembros de otra tribu; "follón" que hubieran armado los conquistadores seguramente) Juan Diego, a quien de acuerdo con la tradición se le apareció la Virgen y quien pese a sus reticencias no pudo hacer como si no le hablara y tuvo que ir con el arzobispo don Juan de Zumárraga; la "zúrraga", respondíamos en la escuela primaria.

Sabe que estuvo ahí por esas fotografías.

Pero también sabe porque sí lo recuerda, también hay fotografías, que estuvo en el Zoológico de Chapultepec y muy bien que se subió al trenecito.

Para mi generación, la nacida en los años cincuenta del siglo pasado, el bosque de Chapultepec, con su zoológico y su trenecito, su lago, su castillo y su museo, fue una experiencia vital. Lo dice quien estuvo ahí unas horas, un medio

día cuando más, aunque después haya regresado muchas veces: ¿cómo olvidar las idas para ver a los pandas gigantes, con todo y canción de Yuri? Para llevar a las hijas o familiares o amigos visitantes. Eso sí nunca abordó, ni abordará, una lancha en el lago; hay miedos que nunca se superan, aun cuando la compañía fuera la muchacha que te gustaba y ella sí quería subirse...

Las fotografías de los días de aquel viaje, pequeñas, en blanco y negro, están hoy en una pared del estudio del escritor, para envidia (fue una herencia de mi padre, junto con su cartera y su licencia metálica de chofer) de sus hermanos, quien seguramente las heredarán cuando haya palmado.

Entretanto, el escritor debe decir que utilizó otros trenes en México y en el extranjero. Con mucho gusto viajó a, por ejemplo, Monterrey, y también hizo recorridos por España, Inglaterra, Bélgica, Francia, Rusia (algunos por cuestiones de su trabajo), en modernos y veloces trenes. Y también en Perú, en un hermoso tren con sabor a viejo, para subir a la estación Aguascalientes, al pie de las ruinas de Machu Pichu.

Cada vez que abordó esos trenes recordó inevitablemente su primer y único viaje en ese transporte a la Ciudad de México y el recorrido por el Zoológico de Chapultepec y lamentó, con lamentadas incluidas, que su país haya abandonado su tradición de sus trenes de pasajeros, medio de transporte básico para, nada más y nada menos, que la revolución mexicana. Tal vez a los gobiernos posrevolucionarios les pesó mucho reconocerla porque había sido producto (¿el cochinerero?) del gobierno de Porfirio Díaz, y dejaron que deterioraran hasta que se acabaron.

No, no. Ni el nuevo tren México-Toluca, cuya construcción comenzó en el gobierno de Enrique Peña Nieto, ni el cuestionado Tren Maya del actual gobierno recuperan ni recuperarán esa tradición.

El Zoológico de Chapultepec ha cumplido, hace un mes, cien años de ser uno de los sitios que ningún mexicano debería no conocer. Si no ha ido, vaya usted antes de que la corrección política acabe con él, en supuesta defensa de los animales.



Foto: Brenada Tommermans

Lobo mexicano.

Soñar con animales

“Para mí ir a ese zoológico era como estar en casa. Ahora casi no me acuerdo de cómo estaban repartidos todos los espacios para los animales, pero entonces me los sabía al dedillo”

Por Luis Mac Gregor Arroyo

Estaba dormido y como siempre soñaba. Es raro cuando no lo puedo hacer, aunque no siempre recuerdo lo soñado. Sin embargo, esa noche todo fue muy vívido: un oso estaba paseándose de un lado a otro en el espacio destinado para ellos en el zoológico como tratando de olvidarse del hastío de estar permanentemente en un mismo espacio, confinado; mientras su compañera estaba recostada con larga mirada hacia el chorro de agua que la hacía de río... fue entonces cuando me desperté.

Hacia años que no iba al Zoológico de Chapultepec, sino es que más de una

década. Sin embargo por esas fechas lo estaban remodelando, así que pese a recordarlo por lo soñado, tenía que aguantarme las ganas de ir al no estar disponible para el público.

Me levanté de la cama y me fui a preparar mi ya tradicional café mañanero. Al sentarme en la mesa del antecomedor con la taza en las manos recordé cómo le gustaba tomar a mi papá su café. Al viejo sólo le agradaba ardiendo, casi casi terminaba de hervir el agua y se lo tomaba al instante, dejaba reposar muy poco el molido del grano, porque le agradaba un café ardiendo, algo imbebible para muchos porque, si uno no se está

acostumbrado, se lleva la quemazón de su vida en la boca.

También recordé a mi padre porque siempre que íbamos a algún lado llevaba un emparedado preparado en la guantera del coche, por si se necesitaba algo de comer en el camino. Eso pasó una de las últimas veces que nos llevó al zoológico antes de que falleciera por problemas en la salud. Sacó su emparedado de jamón con queso y se puso a darle tremendas mordidas mientras nos llevaba a Chapultepec.

Para mí ir a ese zoológico era como estar en casa. Ahora casi no me acuerdo de cómo estaban repartidos todos los espacios para los animales, pero entonces me los sabía al dedillo. Sin embargo, siempre me impactaba ver a los osos polares, tan blancos, llenos de pelos blancos en medio del clima caluroso del medio día.

También había otra atracción que era mi delicia: el típico trenecito que le daba toda la vuelta al parque zoológico. Yo que pocas veces me he subido a un tren, recuerdo con emoción el de Chapultepec, que recorría gran parte de la fauna del lugar, desde las aves truces hasta los elefantes y camellos. Aunque, no es de creerlo, lo que más me impactaba era la estación de donde partía el vehículo. Era grande y bastante aparatosa. Tenía espacio de sobra para acoger a todos aquellos que desearan formarse para subirse al dichoso tren. A mí me impresionaba a la par de sus azu-

lejos color rojo claro. Era como entrar en una cueva donde uno no sabía lo que le podría pasar... bueno, uno sí sabía para que entraba, pero, como era chico, me gustaba fantasear como si algo así ocurrieran ahí.

Pero no todo era acción dentro del zoológico. También era un momento esperado la salida. Ahí no faltaba el día en que mi señor padre me compraba un líquido para soplar a través de una especie de aro y hacer burbujitas. Me la pasaba superdivertido haciendo eso durante todo el transcurso de regreso a la casa. Y rara vez llegaba a ella con algo sobrante del líquido jabonoso.

Otro divertimento de ir al Zoológico de Chapultepec era el pasear en Pony. Nunca he sido muy adepto de los caballos, me dan temor por altos, pero pasear en Pony era un riesgo que valía la pena. Como los caballos son chaparritos y los va guiando su dueño, uno se siente seguro, de pequeño, sobre de ellos. Y ahí se pagaba por una vuelta para recorrer todo el alrededor del zoológico.

Con todas esas memorias terminé mi café mañanero y me fui a vestir. Tal vez no pudiera ver el zoológico pero igual y valdría la pena darse una vuelta a Chapultepec para echar un vistazo y ver qué hay de nuevo.

Finalmente al terminar de cambiarme me acordé de que la última vez que visité el Zoológico había visto un ejemplar del lobo mexicano, una especie en peligro de extinción. Es una pena que, desde principios de los años ochenta, cuando más veces visité el zoológico, este albergaba diversas especies de animales pero ninguna al grado de tener muy contados parientes en la vida salvaje. Ahora con la depredación de la naturaleza a manos llenas por nosotros los humanos, el parque de animales por excelencia en esta ciudad, está volviéndose un lugar de privilegio porque cada vez veremos más especímenes que será raro ver en su hábitat natural.

Según había escuchado la última vez había como 150 especímenes vivos del lobo mexicano en el planeta, 100 más de los que quedaban en los ochenta. Hay esperanza para este mamífero de nuestro país. Pero ¿habrá esperanza para muchas otras especies? ¿Habrá esperanza para el ser humano con el calor abrazador que empieza a desarrollarse en todas las partes del mundo?

Sin estremecerme vi el Sol por la ventana, fuente de energía y vida en la Tierra, así como su sepulturero si no se tiene un adecuado cuidado con los gases en la atmósfera del planeta... ¿Cuánto tiempo nos quedará?, me pregunté.



Foto: Especial

Mi viaje inolvidable

“Muchos vomitaban sobre sus sarapes o de plano se doblaban para guacarear en el piso”.

Por Carlos Ferreyra

En los años 50 y un poco antes, los ciclos escolares terminaban los días previos a diciembre, se reanudaban actividades luego de Reyes y sólo había otro descanso largo en la Semana Mayor.

Se guardaban cumplidamente los fastos religiosos católicos y los del santoral laico y republicano.

Pequeño, mis vacaciones las pasaba en una granja en Puruándiro, donde hurtaba garbanza cruda de la canoa de los puercos al igual que a las gallinas las despojaba de un poco de salvado. Ambos alimentos sabían a gloria.

Al llegar a la adolescencia y venir con la familia a la capital, la necesidad nos hizo buscar un ingreso, por modesto que fuese para paliar las penurias del clan familiar.

En 1953 con el ahorro de medio sueldo pude pagarme mis primeras vacaciones. Obvio decir que fue a Morelia,

y que el salario mínimo legal era de 80 pesos mensuales.

Con mis 40 dracmas me encaminé a un viaje que muchos años se institucionalizó. Esa primera experiencia fue para grabarla en la mente y las entrañas toda la vida.

Para el Oriente salían unos chatos de primera clase que la gente festivamente decía que iban a Puebla pero que jalaban pa Veracruz; en el costado anunciaban su ruta: MÉXICO PEROTE XALAPA. VERACRUZ.

Con similar equipo, los famosos Aerocoach, los Tres Estrellas de Oro iban al Occidente, Zitácuaro, Ciudad Hidalgo, Tuxpan, Morelia y de allí hasta la Perla Tapatía.

Los proletas íbamos a la terminal de segunda clase. Los Flecha Roja eran los preferidos a pesar de su lema, antes muertos que tarde. No había asientos numerados así que era común aventarse el viaje nocturno, doce horas colgado del tubo en el techo y buscando

acomodo entre los postes y entre los asientos.

Difícil entenderlo si no es simplemente por la extrema juventud, pero recargabas una pierna en el borde de un asiento o del susodicho tubo, hasta que se te dormía y entonces a cambiar de punto de apoyo.

El brazo en escuadra con la cabeza dormitando en una duermevela ocasionalmente interrumpida por los espasmos de los vomitones.

En 60 kilómetros hay 600 curvas, diez por kilómetro. Antes de llegar a las primeras veinte o treinta vueltas, empezaba el concierto. Había quienes expertos o precavidos, llevaban dos o tres bolsas de papel, una dentro de otra. Muchos vomitaban sobre sus sarapes o de plano se doblaban para guacarear en el piso.

Las vendedoras de tamales, atole y corundas, se mezclaban con los viajeros que visitaban los sanitarios o simplemente se desentumían, invitándolos a llevar la panza llena para no vomitar en las curvas. En una cosa tenían razón: sudaban pena y algo de angustia quienes no tenían nada que expulsar.

Al llegar a Morelia, en la terminal, el chofer se iba feliz a almorzar menudo o pollo de plaza en espera de que a

pesar de sus doce horas de manejo, le dieran salida a otro destino...

Para hacer más memorables las primeras vacaciones que tomé por mi cuenta con los fabulosos 40 pesotes de mi quincena, llegué a la casa de un hermano de mi madre que me recibió muy festivo sacudiendo el periódico del día. Mira, dijo muerto de la risa. Toda tu parentela de La Quemada está en la cárcel. Y sí, en la gráfica que ocupaba las ocho columnas, estaban mujeres y niños. Varones adultos ninguno.

La hermana de la abuela Chite, centenaria, miraba desafiante la cámara. Los jóvenes en instintivo gesto protector rodeaban al conjunto.

La historia era vieja. El primo Raúl celebraba su cumpleaños cuando irrumpió el único habitante del caserío que no era familiar y sin decir nada, clavó su hoz en la espalda del festejado.

Raúl, que luego del incidente se fue a refugiarse a la casa de mi padre, dijo que no sintió la herida por lo que sin más, se dio la vuelta y le metió ocho tiros de su escuadra 32 corta. Laureano huyó y no se volvió a saber de él.

Hasta el día de los hechos que parapetado tras una barda de piedra y acompañado por un sobrino casi un chiquillo, tirotearon a Raúl que, como en las películas, acostó a su corcel y apoyado en la silla, respondió el ataque.

Los hombres en la labor, fueron las mujeres y los infantes quienes rodearon a Laureano, que tal era su nombre.

Comenzaron un intenso bombardeo de piedras que hizo huir al tío. El sobrino murió lapidado. Llegó la Julia, arrimaron al poblado y los llevaron a todos a la cárcel, los varones no se habían enterado.

Por instrucciones de mi padre, consulté a un abogado que hizo declararse culpable a un adolescente, librando así al total de la familia. Raúl, tres balazos en una pierna se recuperó y retomó su vida.

De Laureano sólo supimos que vivía en Santa Julia pero sus parientes furiosos por haber causado la muerte del jovencito lo sentenciaron. Creo que nunca regresó.

En los dos hechos de sangre protagonizados por Raúl, la justicia decidió no abrir averiguaciones porque eran costosas y tendrían que localizar al presunto agraviado. Mejor carpetazo y que todos vivamos en paz...

Por Francisco Ortiz Pinchetti

A mí, el verano me a sabe más a lluvia y humedad que a calor y sol radiante. Y es que a diferencia de lo que ocurre en muchos otras regiones del país, particularmente en los estados del norte, en el Valle de México gozamos en esta época de un clima más bien amable, grato, que fluctúa entre los 14 y los 28 grados centígrados. En cambio, tenemos precipitaciones pluviales generalmente abundantes, que además de refrescar el ambiente y ayudar a reverdecer las áreas enjardinadas causan diversas inconvenientes, como encharcamientos, caída de árboles o caos viales.

Mis recuerdos infantiles me remiten a tardes lluviosas durante el verano, especialmente en el colegio. Debo recordarles que en estos tiempos, los años cincuenta del siglo pasado, el calendario escolar no marcaba lo que hoy conocemos como vacaciones de verano. El asueto largo, que se prolongaba por más de dos meses, ocurría a fin de año, entre finales de noviembre y principios de febrero. O sea, básicamente durante el invierno.

De tal modo, que en las tardes veraniegas, durante los meses de julio y agosto sobretodo, eran comunes los aguaceros. Chaparrones, también les llaman. Además, en mi caso asistía a una escuela de tiempo completo, es decir, a mañana y tarde. Entrábamos a las ocho de la mañana y salíamos hacia la 1:00 e la tarde, para regresar después de comer a las 3:00 y salir a las 6:00. Obviamente, ese horario lo condicionaba todo, y en tratándose del verano implicaba una que otra empapada cada semana.

Normalmente, durante aquellos años en que cursaba la primaria y la secundaria, siempre iba al colegio, el Instituto Patria, acompañado de mi hermano el segundo, Humberto José. Lo normal era que lo hiciéramos en autobús urbano, de los que llamábamos "de línea", como el Circuito Hospitales o el Juárez Loreto. El pasaje costaba 20 centavos, aunque cuando aparecieron los autobuses de primera clase (así les decían, pues), pintados de color crema, el precio era de 30 fierros.

Hubo temporadas en que el viaje desde la colonia San Miguel Chapultepec hasta Polanco, donde se encontraba nuestra escuela, la hacíamos en bicicleta, a través del Bosque de Chapultepec.



Foto: Francisco Ortiz Pardo

Invariablemente Humberto conducía la bicla y yo iba detrás, con las mochilas. Esta manera de transportarnos se dificultaba y a veces era imposible por las tardes, debido precisamente a las inclemencias del tiempo, pues las veredas que usualmente transitábamos se volvían de lodo.

Un recuerdo muy grato que guardo en mi memoria es precisamente el de algunas tardes lluviosas en que mi padre, José, iba por nosotros en su auto, un Plymouth azul primero y más tarde un Chrysler cafecito. Casi siempre lo acompañaba mi mamá, Emily. Era una emoción muy grande la que sentía al aproximarme a la reja perimetral de la escuela y confirmar que efectivamente ya estaban ahí nuestros padres esperando. Me acuerdo que corría para llegar al gran zaguán de salida y llegar a su encuentro ya medio empapado.

En general, ahora y hasta la fecha, disfruto la lluvia. Salvo cuando efectivamente me complica o me impide realizar alguna actividad importante, gozo de ver llover, sobre todo cuando hay posibilidad de hacerlo en algún parque o área verde, naturalmente bajo alguna techumbre o protección. He tenido la dicha de pasar un buen aguacero en la selva chiapaneca, por ejemplo, uno de os espectáculos más bellos que he visto. O ante el Lago Zirahuén, en Michoacán.

Lluvia de verano

“Mis recuerdos infantiles me remiten a tardes lluviosas durante el verano, especialmente en el colegio...”

En realidad, yo conocí el verano, entendido como esa época de calor insufrible, cumplidos seguramente mis veinte años, cuando viajé a alguna región árida de nuestro país. Bueno, tengo muy presente precisamente por el clima sofocante que padecemos, mi primer verano en Europa, cuando viajé de “mochilero” acompañado por mi hijo Francisco allá en los años ochenta. Más tarde por razones de trabajo, pasé parte del verano en alguna ciudad nortehña, como ocurrió en Chihuahua en 1986, cuando cubrí como periodista allá las históricas elecciones estatales de ese año. La jornada electoral fue el 6 de julio, en pleno verano. Y las resistencia ante el fraude electoral cometida por el PRI y su gobiernos prolongó durante dos, tres

meses. De modo que vivía en aquel estado todo lo que se conoció como el Verano Caliente chihuahuense, más por el clima político que por las en efecto sofocantes altas temperaturas.

Otra cosa mucho más grata es pasar parte del verano en modo vacaciones, en alguna playa por ejemplo; pero eso realmente lo he disfrutado poco en esos meses. Realmente mis descansos anuales, cuando los tenían, eran preferentemente en otoño, por allá a mediados de septiembre. Mi inolvidable compañera Becky y yo hicimos numerosos viajes en esa temporada, pero muy pocas veces nos vimos afectados por las lluvias... ¡que ella detestaba!



Foto: Misael Valtierra - Cuartoscuro

Algodondes y palomitas, toda una tradición.

El ardiente verano

“La gente cruzaba de prisa la quemante explanada del zócalo, como si caminara sobre tizones; se abanicaba la cara; se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano, yéndose a guarecer a la sombra de los portales”.

Por Rodrigo Vera

Este verano un “récord histórico” tuvo lugar en México; los termómetros de la ciudad bajacaliforniana de Mexicali se dispararon a una temperatura de hasta 56 grados centígrados el pasado sábado 15 de julio. ¡Caray! Un hecho para preocupar a cualquiera.

Ante esta grave situación, el secretario de Salud de Baja California, Adrián Medina Amarillas, se vio obligado a instalar “casas de hidratación” en Mexicali y otras regiones aledañas, como El Valle y el puerto de San Felipe que mira al mar de Cortés, donde se adiestró a los pobladores a tomar medidas para protegerse de los punzantes rayos solares y a preparar suero para evitar la deshidratación.

Pero aún así, por esos días los durísimos golpes de calor arrojaron en Mexicali un saldo de cinco personas muertas, según reportó el Servicio Médico Forense.

“Desafortunadamente, tenemos personas en condición de calle que están expuestas de manera permanente a las altas temperaturas y sin estar con

la cobertura adecuada”, se lamentó Medina Amarillas.

La frontera Mexicali logró superar a la ciudad de Hermosillo, Sonora, que alcanzó temperaturas de hasta 50 grados, de acuerdo al Servicio Meteorológico Nacional (SMN). Otras dos ciudades sonorenses que igualmente estuvieron entre las más calurosas del país fueron Cajeme y Guaymas, y ni se diga el desértico Valle del Yaqui.

En total, en este ardiente verano de 2023, 26 estados del país han llegado a superar los 40 grados centígrados, dejando un saldo de más de cien muertos, la mayoría de ellos en la entidad norteña de Nuevo León, reveló la Secretaría de Salud.

Y claro, estas “temperaturas récord” también provocaron que miles de personas padecieran los estragos de los llamados “golpes de calor”: dolores de cabeza, vértigos, mareos, delirios, desmayos, respiración y frecuencia cardíaca acelerada.

Pese a estar situada a más de 2 mil metros de altura sobre el nivel del mar,

aquí a la Ciudad de México también llegaron los fuertes calorones. El asfalto caliente de las calles potenciaba las tórridas temperaturas, los conductores encerrados en las cajas metálicas de sus vehículos sudaban como en baño sauna y en los apretujados vagones del Metro la gente viajaba con mucho sofoco.

Una tarde de principios de julio, mientras caminaba frente al enrejado de la Catedral Metropolitana, a la orilla de la plancha del Zócalo —y vaya que ese día era una verdadera “plancha”— me topé con un pequeño grupo de personas que miraban al piso. Una de ellas sacó un pañuelo de la bolsa de su pantalón, lo empapó con el agua de una botella de plástico *Bonafont*, exprimió el pañuelo y se lo entregó a un anciano escualido que permanecía sentado en el suelo, apenas reponiéndose de un vahído que le había provocado el calor y lo había tumbado. Él era el centro de las miradas.

--Gracias, gracias, gracias—repetía el viejo con voz apagada, mientras tomaba el húmedo paliacate con el que se frotaba el cuello y la cabeza canosa.

Lo observábamos preocupados.

--¡Vamos a llevarlo a la sombra!— dijo una señora.

--Sí, ayúdenme a levantarlo— se acomodó un joven con short y cachucha beisbolera.

Tomándolo de las axilas, lo levantaron del piso y se lo llevaron al fresco interior de catedral. Durante el trayecto alguien abrió una negra sombrilla para protegerlo del sol.

Más allá, la gente cruzaba de prisa la quemante explanada del zócalo, como si caminara sobre tizones; se abanicaba la cara; se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano, yéndose a guarecer a la sombra de los portales.

Algunos turistas extranjeros traían untado bloqueador solar sobre su piel blanquizca y pecosa. Y hasta los curtidos concheros suspendían muy frecuentemente sus danzas prehispánicas para irse a sentar donde no les pegara el sol.

¡Uuff! nunca había sentido tanto calorón— alcancé a escuchar a un agobiado danzante lanzar esta queja a dos compañeros suyos, exhaustos, sentados a la sombra de un muro y con sus penachos de plumas entre las manos.

--¡Sí! ¡Está muy cabrón!... ¡muy cabrón!— le respondió uno de ellos.

Así es. Este verano ha sido uno de los más calurosos en los últimos años. Y no solo en México, sino en todo el mundo. Es por el calentamiento global, advierten los especialistas.

Pero al margen del cambio climático, el verano es de por sí una cálida estación del año, por eso se le considera la temporada ideal para salir de vacaciones y refrescarse a orillas del mar. Se le asocia también con los encuentros amorosos y las fuertes pasiones.

“Ardiente” es un buen calificativo que suele dársele al verano. En México, un libro de cuentos del escritor Mauricio Magdaleno, publicado en los años cincuenta, se titula precisamente *El ardiente verano*. Y dos décadas después Alejandro Galindo dirigió una película a la que le puso un título muy similar: *Verano ardiente*.

Mientras que el escritor Ernest Hemingway, en el verano de 1959, estuvo en varios ruedos de España para dar cuenta sobre el sangriento duelo entre los famosos matadores Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín, el cual arrancó en la plaza de toros de Valencia. Hemingway desplegó su pasión taurina en el amplio reportaje que escribió sobre el tema bajo el título “Verano sangriento”, publicado entonces en la revista *Life*.

El verano, sí, el tórrido verano tan abordado en la literatura, el cine y otras artes esta vez arremetió con mayor fuerza y nos hizo prender ventiladores, dormir descubiertos y empaparnos de sudor.

Pero con el verano también llegan las lluvias. Y éstas comenzaron a caer en la ciudad de México para alternarse con el calor. Agua y sol que hacen enverdecer los árboles. En nuestras calles ya podemos disfrutar de los ramajes tupidos de hojas y de flores luminosas... Es la otra cara del verano.

Por Ivonne Melgar

El domingo que conocimos el Bosque de Chapultepec aprendí que al picante en polvo había que tenerle respeto.

Estábamos muy emocionadas mi hermana Gilda y yo porque desde que llegamos al Distrito Federal, en noviembre de 1978, mi madre nos prometió llevarnos al Salón de los Espejos, asegurándonos que sería muy divertido mirarnos en aquellos cristales que te devolvían imágenes achatadas, alargadas y engrosadas, subrayando nuestros gestos y exagerando las miradas.

Supimos entonces que, además de una línea azul que nos llevaba de Taxqueña al Centro Histórico, había una roja y aprendimos lo que era transbordar en el Metro.

Al salir de la estación Chapultepec ingresamos al bosque por el acceso del Monumento a los Niños Héroes, topándonos con un puesto de manzanas que, partidas en dos, lucían el chile en polvo. Como en El Salvador no se consume picante ni existe una cultura gastronómica que lo incluya, desconocíamos aquel sabor y me dejé llevar por el impulso del antojo.

Mordí la mitad de la manzana como naufraga y acto seguido me zumbaron los oídos, enrojecida del rostro y con un ardor insoportable, clamé por un refresco. Fue mi primera enchilada y aquella sensación de ardor se prolongó por el resto del día.

Supongo que ese bautizo mexicano de un sabor que se me volvería vicio y placer sucedió en diciembre o enero de 1979.

Y ese fue el recuerdo que volvió dulcemente a mí 13 años después cuando a las puertas del Alcázar del Castillo de Chapultepec fuimos a celebrar la firma de los acuerdos de paz de El Salvador.

Nos quedamos al ras de las vallas que rodearon la zona que resguardaba a los representantes gubernamentales salvadoreños y al máximo líder del políticamente triunfante Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), Jorge Schafik Hándal, así como a los presidentes de México, España, Colombia, Guatemala, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Panamá y Venezuela que asistieron a atestiguar el inicio de una pacificación pactada.

Ese 16 de enero de 1992 era lunes, día de descanso en mis tiempos de **unomasuno**. Y en realidad no vimos ni escuchamos nada. Pero queríamos estar cerca de aquel lugar donde se daba fin

El bosque de la paz

a la guerra que nos trajo a México y que marcó el exilio y la migración de miles de salvadoreños.

Martín y yo nos habíamos casado en San Salvador un mes atrás, justo cuando las negociaciones entre las partes en conflicto, en Nueva York, daban paso a una navidad con tregua y esperanza. Y estábamos contagiados de aquella expectativa.

Mientras esperábamos que salieran los autos con las comitivas, repasé las postales de nuestra vida en ese bosque de Chapultepec, a donde se hicieron los primeros grandes actos de solidaridad con la revolución salvadoreña, a cargo de los artistas del CLETA (Centro Libre de Experimentación Teatral).

Se presentaban obras de teatro, grupos musicales, entremezclados con mensajes de apoyo al movimiento social y a los grupos armados que a finales de los años 70 y principios de los 80 recibieron en México un cobijo ciudadano y de organizaciones políticas que alcanzaría en 1981 al gobierno de José López Portillo, el primero que con el de Francia reconocieron "que la alianza del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y del Frente Democrático Revolucionario constituye una fuerza política representativa dispuesta a asumir las obligaciones y ejercer los derechos que de ella se derivan".

Ese brillante capítulo de la diplomacia mexicana se completaría con la firma de los acuerdos de paz en ese Chapultepec al que tantos domingos fuimos en familia para fusionarnos con las jornadas culturales en favor de la insurgencia civil salvadoreña.

Las funciones y los actos del CLETA tenían lugar frente al lago, un paseo que sin embargo nunca hicimos en esos años donde mi hermana y yo ayudábamos en las tareas de colocar las mesas con la propaganda y las publicaciones en favor del FMLN.

Quizá por eso disfruté tanto el recorrido que hicimos con Martín, su hermano Manuel, Iraís y Adriana Gato en dos lanchas en el largo verano que tuvimos al concluir el bachillerato en el Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Sur, mientras esperábamos que nos llegara la anhelada carta del pase automático para el ingreso de cada una a la respectiva facultad solicitada.



Los acuerdos de Paz en Chapultepec, hace más de treinta años

Foto: Especial

"Aquella felicidad la evoco como una de las más intensas: todo estaba en su lugar, el enamoramiento, la amistad, el deseo pendiente, las ganas de seguir estudiando, la isleta, el sol y la lluvia que cayó por la tarde y terminó de empaparnos".

Aquella felicidad la evoco como una de las más intensas: todo estaba en su lugar, el enamoramiento, la amistad, el deseo pendiente, las ganas de seguir estudiando, la isleta, el sol y la lluvia que cayó por la tarde y terminó de empaparnos.

Muchos años después volveríamos Martín y yo para disfrutar la presentación del Lago de los Cisnes y con Santiago y Sebastián en varias ocasiones al Museo de Historia Natural.

Aunque de Chapultepec, yo me quedo con la vista que desde el Castillo tiene el Paseo de la Reforma y con su museo y ese carruaje negro impecable de Maximiliano de Habsburgo y todo lo que ahí recrea las tristes horas de Carlota, el personaje que elegí investigar en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional en la Zona Cultural de Ciudad Universitaria cuando la maestra Carmen Vázquez Mantecón nos impartió la materia de Formación Social Mexicana y me puse a revisar las notas que se publicaron en la espera de aquella pareja de trágico fin.

Y es que, gracias a mi hermoso oficio de reportera, con el tiempo, logré visitar decenas de veces el Alcázar como me

hubiera gustado hacerlo el día de la firma de los acuerdos de paz, cuando de su mirador, pasillos y jardines sólo conocía las referencias que leímos en esa misma asignatura, en el siguiente semestre, en el capítulo de Porfirio Díaz y la entrevista que el periodista James J. Creelman le hizo entonces ahí, desatando la tormenta cuando se publicaron fragmentos en El Imparcial donde se perfilaba como un autócrata que creía inmaduros a los mexicanos para una democracia que tres años después le reclamarían al derrocarlo.

Disfruté tanto ese tramo de la historia, dimensionando de qué se trataba el periodismo y por qué era tan importante, como el reporteo que me tocó de las actividades presidenciales que tuvieron lugar en el Alcázar, destacando el encuentro entre Felipe Calderón y Javier Sicilia, al frente del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad.

Porque con excepción de la enchilada de mi vida que me di recién llegada a México, Chapultepec siempre es referente de gozo compartido, cariño y plenitud, sobre todo ahora que acompaño a mis corredores al circuito de Las Estaciones.

El Bosque Urbano más grande

“Además de ser un espacio de recreación, también es un lugar importante para la conservación de la flora y fauna nativa de la región. Su historia y belleza natural lo convierten en un lugar emblemático y querido por los habitantes de la ciudad”.

Por Laura Ballesteros Mancilla

El Bosque de Chapultepec es integrante chilango honorario de esta gran ciudad, nos ha acompañado desde el principio de su historia remontando miles de años atrás. No sólo eso, es el Bosque Urbano más grande de nuestro país. Es por ello que preservarlo es tarea de todos, especialmente ante la importancia de abrir una discusión pública sobre la utilidad pública del Bosque y los impactos que traerá el proyecto del Cablebús del actual gobierno. Pero primero, echemos un vistazo a su uso a través de la historia.

Antes de la llegada de los españoles, este lugar era conocido como el Cerro del Chapulín, lugar sagrado por los indígenas que habitaban la zona. Durante el periodo prehispánico, el Cerro del Chapulín era utilizado como un centro ceremonial y como un lugar de descanso para los gobernantes y la nobleza. Además, se cree que en este lugar se realizaban rituales y ofrendas a los dioses. Algunos de los vestigios arqueológicos encontrados en el bosque, como el Altar a la Patria y la Fuente de los Coyotes, son claros ejemplos de la importancia ceremonial que tenía este lugar.

Con la llegada de los españoles, el Cerro del Chapulín fue parte de las tierras que fueron otorgadas a Hernán Cortés como recompensa por su participación en la conquista de México. Sin embargo, a lo largo de los siglos, las tierras cambiaron de dueño varias veces hasta que finalmente, en el siglo XIX, se declaró como propiedad pública y se convirtió en un espacio verde para los habitantes de la ciudad. En 1822, durante el gobierno de Agustín de Iturbide, se decidió que el Bosque de Chapultepec sería el lugar de residencia del emperador. Sin embargo,

la residencia imperial solo duró poco más de un año, ya que Iturbide fue derrocado y exiliado en 1823.

Fue en el siglo XIX, cuando el Bosque de Chapultepec se convirtió por primera vez en un lugar de recreación para los habitantes de la ciudad, quienes aprovechaban sus áreas verdes y sus lagos para pasear y relajarse. Además, se construyeron diversas atracciones como el Zoológico de Chapultepec, el Museo Nacional de Historia y el Museo de Antropología, que enriquecieron aún más la oferta cultural y recreativa del parque.

Hoy en día, el Bosque de Chapultepec es considerado uno de los pulmones verdes más importantes de la Ciudad de México y es visitado por miles de personas diariamente. Además de ser un espacio de recreación, también es un lugar importante para la conservación de la flora y fauna nativa de la región. Su historia y belleza natural lo convierten en un lugar emblemático y querido por los habitantes de la ciudad.

Uno de sus principales retos para el presente y el futuro está en el conservar su vocación de espacio público por excelencia y conservarse en su valor ambiental. Es por ello que no se puede perder de vista los impactos que un proyecto como el Metrocable puede provocar si se llegara a construir en el Bosque de Chapultepec.

1. Fragmentación del hábitat: La construcción de las pilonas y torres que sostienen el Metrocable podría fragmentar el hábitat natural del bosque, dificultando el movimiento de la fauna y afectando la conectividad entre áreas.

2. Perturbación de la fauna: El ruido y la presencia constante de personas en el Metrocable pueden perturbar a la fauna

del bosque, causando cambios en su comportamiento, hábitos de alimentación y reproducción.

3. Daño al suelo y vegetación: La construcción de las estructuras y los trabajos de excavación pueden dañar el suelo y la vegetación existente, especialmente en las áreas donde se requiere la instalación de pilones y estaciones.

4. Riesgo de incendios: La infraestructura del Metrocable, como los cables y las estaciones, podría ser un punto de

ignición en caso de incendios forestales, lo que aumentaría el riesgo de propagación del fuego en el bosque.

5. Impacto visual: El Metrocable podría romper con la estética natural y el paisaje del bosque, afectando la experiencia visual de los visitantes.

Es importante destacar que estos impactos pueden mitigarse y minimizarse mediante la implementación de medidas adecuadas de diseño, construcción y gestión ambiental. Sin embargo, cualquier proyecto de esta magnitud debe someterse a rigurosos estudios de impacto ambiental y contar con la participación de expertos en conservación y biodiversidad para evaluar y mitigar adecuadamente los posibles efectos negativos en el entorno natural de Chapultepec. Un debate público abierto, serio, diverso, el cual al día de hoy no ha existido y parece que no existirá.



Foto:Dirce Hernández

Por Francisco Ortiz Pardo

Una tradición con altibajos en nuestra ciudad comenzó gracias a la presencia de los españoles, los que llegaron antes de la Guerra Civil y los que llegaron por ella. De lo que no fueran los cafés de cadena, si descartamos de la lista al Sanborns que en su primera etapa tenía el distinguo de los azulejos y más tarde de una bella casa de época en San Ángel, las viejas cafeterías de peninsulares en el Centro Histórico imponían el ambiente europeo en lugares donde floreció la bohemia y la tertulia, la disertación o la escritura.

Poco se ha defendido ese patrimonio intangible en nuestra ciudad, como en cambio sí ha ocurrido en emblemáticas capitales europeas. Pero algo de aquello mucho ha quedado y se valora especialmente en días de lluvia con una melancolía digna de cuadros de Van Gogh, por cuyo frente desfilan los paraguas mientras los ventiladores apaciguan los bochornos interiores. Así llega ella, la chica de la bicicleta, con unas gotas de llovizna sobre su chamarra, que se retira y coloca en el respaldo de su silla. Luego de quitarse el casco, se recoge su cabello castaño claro y se arremanga la blusa floreada. Ella misma no repara en su belleza. Lee el menú, pide expreso doble cortado, pese a su juventud; se coloca los anteojos y clava la mirada en una de las páginas de un libro, remedio para escapar de una realidad que sin embargo nunca desaparecerá con sus bullicios.

Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir hicieron del Café de Flore, en Saint Germain en París, la guarida del pensamiento crítico desde las postrimerías de los años treinta del siglo pasado y hoy es todavía el santuario de la libertad que ni siquiera fue alterado en los años de la ocupación nazi porque los alemanes –paradojas afortunadas– nunca lo frecuentaron. Sartre, que atrajo a todos los suyos a esa adicción en el existencialismo, tenía mesa fija en el sitio, donde escribió: “Los caminos de Flore fueron los caminos de la libertad”. Ya tiempo atrás el café había sido ocupado por Picasso y sus pinceladas mentales; y años más tarde la tradición libertaria con sorbos de café intenso o la copa de vino Pouilly blanco fue secundada por Ernest Hemingway y Truman Capote.

La presencia del también mítico Jim Morrison, poeta y vocalista de *The Doors*, tres semanas antes de suicidarse en la misma *ciudad de las luces*, da cuenta de que el Flore, hecho por su ambiente de leyenda más que por sus finas tazas de porcelana donde está grabado su nombre en manuscritas, parece inmortal. Como también parece serlo A Brasileira, en Lisboa, Portugal (un café

fundado en 1888, un año después que el Flore de París), gracias a los poemas allí escritos por Fernando Pessoa, que aunque muerto nunca se ha ido del lugar. Surgido a la par de ambos, en marzo de 1887, el Café Comercial de Madrid sedujo entre muchos otros a Antonio Machado. Y el Café de Gijón, tan emblemático en el Paseo de la Castellana de la capital española, fundado en 1888, formó en aquellos años parte de “los 14 cafés de la Puerta del Sol”, y tuvo entre sus primeros clientes famosos a Benito Pérez Galdós y Ramón del Valle Inclán. Las tertulias de los escritores se hicieron tan célebres durante varias décadas, antes y después de la Guerra Civil, que a iniciativa del actor Fernando Fernán Gómez se inició en 1949 el Premio Café de Gijón de Novela Corta.

Sobraría decirlo pero el Café de Gijón fue fundado por un gijonés. Hemos hablado por aquí de la también importante tradición surgida en aquella ciudad asturiana. “El Café Dindurra –escribí-, que era el nombre del teatro adyacente que hoy se llama Jovellanos. Una joya que, ahora me entero, se ha convertido en el más antiguo por ser el sobreviviente entre muchos otros cafés que con reminiscencias parisinas y londinenses surgieron en una época de bonanza económica en la ciudad. De estilo ecléctico primero y luego transformado en 1931 al ambiente decó, es una lindura donde sus columnas de hierro fueron recubiertas con molduras de escayola en forma de flores”.

Algo de todo aquello habrá quedado en los cafés que trajeron los españoles, incluido el Tupinamba (en la calle de Bolívar, Centro Histórico) que de origen catalán fue en otra época el café de

EN AMORES CON LA MORENA

Café con lluvia

“Los caminos de Flore fueron los caminos de la libertad”, escribió Sartre. Tal vez también lo sean nuestros propios cafés.

reunión de los exiliados españoles pero también de los toreros, artistas y poetas, donde se daban las tertulias después de las faenas. En el drama de la extinción también hay historias confusas. Aunque en el Puerto de Veracruz ya habían hecho nombre cafeterías como La Parroquia, con todo y su tin-tin para pedir con la cuchara golpeada contra la taza la leche al café que se copió del sonido de los viejos tranvías, el establecimiento al que se tiene por más antiguo en el Centro Histórico de nuestra ciudad es el Café de Tacuba, de inicios del siglo 20. Según una publicación de *Algarabía* en el periódico *Excelsior*, en 1795 se comenzó a cultivar el café antillano en México al Café de Tacuba siguió la apertura de otros establecimientos como Cazador y Minerva, el Café Colón, la Paix y el Monte Carlo, “que fueron puntos de reunión para las mentes más prolíficas de México, junto con otras tantas casas de café entre las que destacan La Mansión Dorée, Sanborns, el café París y, por supuesto, el Café la Habana ubicado en

la esquina de Bucareli y Morelos, donde se reunían comúnmente los periodistas trajeados para conversar, realizar sus entrevistas y donde también, según se dice, se reunieron Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara para gestar la revolución cubana”.

Hubo otras cafeterías más discretas pero no menos importantes. En nuestros terruños surgió La Veiga, también de españoles, a donde llegaba la “crema y nata” de la intelectualidad universitaria, sobre todo poetas y escritores de izquierdas, y también periodistas, que desapareció mucho antes del paso del virus. A la par de esos establecimientos, los chinos y los libaneses aportaban lo suyo, los primeros con el famoso “lechero” y los segundos con el café más intenso; como el del Jekemir en la calle de Parroquia, que combina cuatro semillas de tres entidades como para que la chica de cabello castaño claro disfrute de su lectura sin percatarse de su hermosura... en un día lluvioso.



Una pintura de Rafael Guízar.

Un verano en Chapultepec



ADRIÁN CASASOLA

El verano en la Ciudad de México se vive de formas muy diversas. Habrá millones de niños y jóvenes de vacaciones en espera de entrar al nuevo año escolar. Seguramente años después suspirarán dándose cuenta que esa fue la mejor época de su vida, en donde su único compromiso era tener buenas calificaciones. Lo que es un común denominador, sea cual sea nuestra edad, nacionalidad o estrato social, es visitar el bosque de Chapultepec, esas 17 hectáreas en donde se pueden realizar muchísimas actividades lúdicas y para todos los gustos y bolsillos.

Ahora que se cumplen 100 años de la inauguración del Zoológico de Chapultepec podemos reconocer a través de las fotografías cuántas cosas han cambiado, pero también cuántas más permanecen en el inconsciente colectivo de los habitantes de Ciudad de México.

En las imágenes podemos ver familias llegando al Zoológico,

la ilusión de los niños por ver a sus animales favoritos de cerca para luego disfrutar de una refrescante nieve de limón. O tal vez caminar hasta lo alto donde se ubica el Castillo de Chapultepec, en donde actualmente podemos visitar el Museo Nacional de Historia conteniendo piezas con un valor histórico impresionante. Si visitan el lugar con un amigo, amiga o “prospecto” podemos alquilar una lancha y remar por el lago mientras tratamos de impresionar con nuestras palabras (y técnica de remado) a nuestro acompañante.

Quizá la vestimenta haya cambiado, pero la costumbre arraigada de celebrar los cumpleaños, sábados o domingos, permanece hasta hoy. La ilusión

de los niños por jugar con sus amigos y partir su pastel acompañados de su familia es una tradición que ojalá permanezca muchos años más.

Hablando de tradiciones perdidas, hasta finales de la década de 1920 había charros cabalgando en los alrededores de Chapultepec. Vestían sus elegantes atuendos y muchas veces iban acompañados por sus esposas, vestidas de chinas poblanas. Incluso en algunos casos se detenían para que sus caballos bebieran agua de las fuentes que aun existen, como la fuente de “Las Ranitas”.

Sin duda eran un atractivo para los turistas nacionales y extranjeros verlos cabalgar. Con el aumento del tránsito vehicular y la pavimentación cada vez más extensa de la ciudad, el gobierno central decidió prohibir dicha práctica. Pero más allá de lamentarnos por lo que ya no tenemos, celebremos que contamos con este majestuoso pulmón de la ciudad que nos hace olvidar cuando nos adentramos en él, que vivimos en una de las urbes más pobladas del mundo y que, pase lo que paseresistimos, amamos, odiamos y cuidamos todos los días. ¡Que viva Chapultepec!

No olviden seguirnos en Instagram: @casasola.foto y en casasolafotografia.mx

FOTO 1: Vista parcial del Zoológico de Chapultepec
Autor: Hugo Brehme, 1924
FOTO 2: Entrada principal al Zoológico de Chapultepec
Autor: Hugo Brehme, 1925
FOTO 3: Charro y china pobлана en Chapultepec
Autor: Hugo Brehme, 1920
FOTO 4: Inauguración del Lago de Chapultepec
Autor: Agustín V. Casasola, 1910